

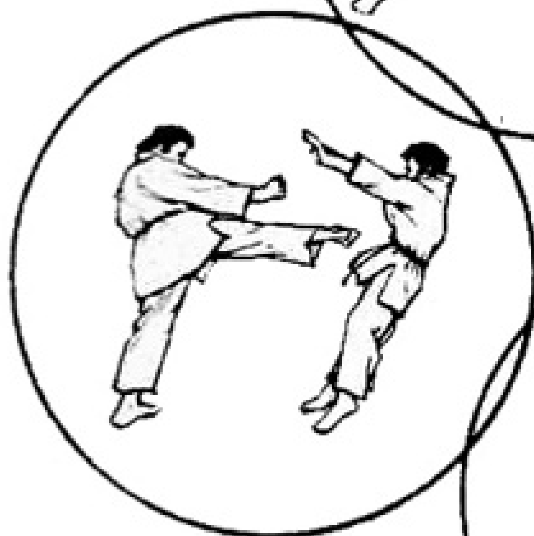
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

MERCENARIOS DEL TERROR







COLECCION

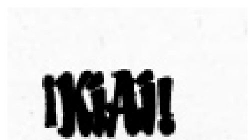
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

MERCENARIOS DEL TERROR (M. P. SAVAGE-4)

Colección ¡KIAI! n.° 14
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

9— Tres dragones de oro. — Curtis Garland

10— Con las manos vacías. — Lou Carrigan

11— De regalo y de pago. — Ralph Barby

12— El «golpe» de los 200 millones. — Clark Carrados

13— Con los pies por delante — Lou Carrigan

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 222 - 1977

Impreso en España - Prlnted in Spain

1.ª edición: marzo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El poderoso «Daymio», avanzando sobre sus tres ejes y seis ruedas se introdujo en el Chinatown de San Francisco. El singular automóvil de siete litros de cubicaje que poseía Moses P. Savage siempre llamaba la atención y los demás automovilistas procuraban no rozarle, como temiendo salir malparados en el encuentro.

Algunos se equivocaban al juzgarlo por su volumen y su aspecto, creyendo que no sería muy veloz, pues cuando Savage pisaba a fondo el acelerador, el «Daymio» aumentaba su velocidad de forma vertiginosa y solía dejar atrás a los que habían tratado de humillarle.

Ahora, el automóvil no corría, avanzaba entre el abigarrado gentío que normalmente deambulaba por el Chinatown ocupando aceras y calzadas con notoria despreocupación. Un mundo amarillo dentro de un imperio de blancos.

Rótulos en caracteres ideográficos chinos colgaban de comercios y casas pregonando cosas que cualquier norteamericano que no fuera chino, no habría de entender.

Moses Pacific Savage conducía con su proverbial habilidad, procurando que nadie quedara bajo las ruedas del «Daymio» que no era precisamente ligero de peso, ya que tenía mucha consistencia de chasis y plancha.

Parecía conocer aquel mundo chino de San Francisco como si se tratara de las rayas de la palma de su mano. Su intrincado dédalo de calles no conseguía desorientarle.

Detuvo el coche en una encrucijada de cinco calles que no tenían una convergencia geométrica en aquella especie de plazuela. Aparcó empujando atrás y adelante a otros coches, para hacerse un poco de sitio.

Llevaba un parachoques con topes que evitaban causar daño a cualquier otro vehículo, pero la potencia de su motor, especialmente en la segunda marcha hacia atrás, conseguía desplazar sin dificultad al auto situado detrás, pese a estar frenado.

—¿Todo listo? —preguntó Savage volviéndose hacia Juanito Chancleta, que se hallaba a su lado.

—Sí —respondió el puertorriqueño, pequeño y ligero, de una agilidad asombrosa.

—¿Qué tal, Ricky?

—Si, si no adelantas, yo, yo no salgo —advirtió el corpulento japonés, de dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, con su habitual tartamudeo.

—Un momento, ahora te dejo libres las portezuelas.

Pisó el acelerador tras colocar el reductor de la primera marcha. Su parachoques se acomodó al del automóvil que tenía delante y lo

fue desplazando en medio de un gran chirrido, pues los neumáticos del otro coche no giraban, sino que frotaban el suelo asfaltado.

—Eh, ¿qué hacen con mi coche? —inquirió malhumorado un hombre caucásico que debía ser vendedor de algún comercio.

—Así está bien —aceptó Ricky, haciendo girar el gran sillón en el que viajaba de ordinario, en la parte posterior del gran automóvil con formato de ranchera.

El hombre que se había quejado al ver desplazado su automóvil, quedó perplejo al observar la altura y corpulencia del japonés.

—Creo que no le hemos causado ningún perjuicio —observó Savage, saliendo del automóvil.

—No, claro que no, ya veo que el parachoques está bien —dijo, retrocediendo.

Ricky era algo de aspecto amenazador con lo que no se podían gastar bromas.

Juanito Chancleta no perdió tiempo. Sacó una especie de estera que extendió sobre el techo del automóvil y luego puso encima el trípode y la filmadora que solía llevar consigo.

M. P. Savage le encargaba a él de las filmaciones a realizar en los reportajes que llevaban a cabo, siempre en situaciones difíciles y peligrosas.

El pequeño puertorriqueño, que no pesaría más allá de cincuenta kilos, subió al techo del automóvil «Daymio». Abrió el trípode y se dispuso a montar la filmadora.

—Podéis ir haciendo —dijo Juanito.

—Vamos, Ricky.

—Sí, sí, voy, voy.

La corpulencia y estatura de Ricky llamaban la atención. A su lado, y pese a ser un hombre alto, M. P. Savage se veía casi bajo y como era más bien delgado, junto a Ricky semejaba flaco en grado sumo, aunque la anchura de sus hombros rompía esa sensación óptica.

Entraron en un pequeño hotel que tenía los reclamos escritos en inglés y en caracteres chinos.

Hoteles de escasa calidad como aquél abundaban en Chinatown, ya que había una población flotante bastante importante que no conseguía rentar un apartamento que resultaba caro.

El vestíbulo no tenía nada de particular, algunas lámparas propiamente chinas y el resto era el mismo que se podía encontrar en cualquier otro hotel de la ciudad, de un precio similar.

Olía a humedad y a sudor.

—¿Qué desean? —preguntó un oriental que acababa de aparecer por detrás del mostrador.

Era un chino puro, sin mistificaciones en su sangre aunque su familia sanguínea hubiera llegado a los Estados Unidos desde hacía un

siglo.

—¿Dónde están los hongkoneses?

— No sé de qué me habla, señor —le respondió el chino con su acento cantonés, posiblemente heredado de sus ancestros, pues era casi seguro que aquel asiático jamás había estado en la China continental.

—Tres hongkoneses que han llegado por vía aérea haciendo escala en Taipeh.

—Lo ignoro, señor, aquí no hacemos demasiadas preguntas.

—Cinco dólares por dar una ojeadita a la última página del libro de registro.

—Lo siento, señor, no puede ser.

—¡Ricky!

El chino observó con recelo al gigante japonés al que M. P. Savage acababa de mirar significativamente.

—Sí —asintió el campeón de Sumo, la lucha nacional japonesa.

Ricky sacó de su bolsillo el mazo de naipes con el que solía jugar unos solitarios que tenían mucho de ejercicios matemáticos, pues excluía los trucos de rapidez con los dedos para dar más importancia al cálculo de probabilidades.

Su cerebro era una auténtica computadora humana, aunque nadie lo adivinara, al ver su rostro bonachón, siempre sonriente y quizá, en opinión de algunos, hasta un poco cretinizado, pero nada más lejos de la realidad.

Ricky puso el mazo de cartas sobre el mostrador. Lo manejó, cortándolo una y otra vez, hasta que lo dejó listo delante del desconcertante chino hostelero.

—Coge, coge —le pidió.

El chino miró a Savage que inclinó la cabeza afirmativamente y encogiéndose ligeramente de hombros, levantó parte de las cartas, mostrando la última.

—Dos de diamantes, señor.

—¿Dos? Es bu-bu-buena carta —dijo Ricky.

Y le soltó una bofetada a mano abierta que le cogió toda la mejilla y parte de la oreja.

El chino cayó de costado, pero antes de caer, se encontró que la otra mano de Ricky volaba hacia él y recibió la segunda bofetada. Y llamar bofetadas a los sopapos que soltaba Ricky era un eufemismo, porque dentro de la cabeza del chino hubo una gran confusión, como si sus sesos se hubieran agitado.

Por si fuera poco, sus mejillas comenzarían a hincharse como si de repente se le hubieran podrido todas las encías, saliéndole voluminosos flemones que habrían de llamar forzosamente la atención.

—Yo habría aceptado los cinco dólares —le observó Savage—, aunque podría haber sido peor. Una carta más alta, siempre es peor cuando se juega con Ricky y como hace buen día, sólo ha dado bofetadas, podrían haber sido puñetazos. Y ahora, el libro de registro, pero educadamente.

El chino aún veía bailar ante sus ojos los rostros de sus extraños visitantes, la cabeza de aquel gigante japonés y el rostro algo cínico y duro, de ojos verdes y abundante cabello negro y lacio, peinado al sistema oriental, de Savage.

Era una de las pocas personas que, en un momento dado, podían pasar por oriental o por blanco y también, como era lógico, por mestizo. Ni él mismo sabía exactamente qué sangre corría por sus venas. El secreto de su nacimiento estaba encerrado dentro de un cerebro enfermo crónico recluido en un hospital psiquiátrico al que, periódicamente, Savage llevaba un pensamiento, flor simbólica del recuerdo, una flor que Savage había adoptado como símbolo propio.

—Esto es un atropello —rezongó el chino, sin alzar la voz.

Buscó debajo del mostrador y al poco, puso un libro sobre el tablero.

Se abrió una puerta disimulada que había en el lateral del vestíbulo y aparecieron dos sujetos armados con cuchillos. Era obvio que, de alguna forma, el recepcionista había tocado algún sistema de alarma.

Aquellos hombres no jugaban, no amenazaban. Fueron directos hacia ellos y por la forma de empuñar sus armas de acero, era evidente que sabían utilizarlas.

Como el espacio para la pelea era corto, como defensa y réplica, Savage optó por emplear la técnica del karate y sus ates resultaron contundentes en las muñecas armadas.

Hizo que uno de los cuchillos saltara por el aire, mientras el otro se clavaba en el mostrador.

Ricky recibió al segundo individuo propinándole un golpe con el *kentsui*. El mazazo sobre la bóveda craneana fue decisivo. Debido a su altura, Ricky pudo levantar el brazo para asestar el golpe con el puño cerrado sobre la cabeza de su atacante, mucho más bajo, que quedó fuera de combate, tendido en el suelo con los ojos y la boca abiertas, y produciendo un extraño gorgoteo que recordaba a un cangrejo capturado y retenido mucho tiempo fuera del agua.

Savage, con tres golpes, uno en la muñeca, otro un codazo en el esternón y el tercero un *shotei-uchi* propinado con el tenar en el entrecejo de su atacante, lo envió contra la pared y allí se escurrió, quedando sentado en el suelo.

El chino recepcionista, que se veía más gordo de cara, pues la hinchazón empezaba a hacerse visible, sonrió y con una cortesía

exquisita, les dijo:

—Pueden ustedes mirar el libro, si es lo que desean, señores.

—Huele a droga —dijo Savage, olfateando el aire. Se acercó a la puerta disimulada por la que salieran los dos atacantes y gritó—: ¡ La policía, la policía, brigada de narcóticos!

Tras aquel grito, se hizo a un lado.

Como si acabara de echar un raticida en una cloaca, brotaron de aquella especie de sótano casi dos docenas de orientales, como ratas despavoridas que no buscaban otra cosa que la salida.

Desde el techo del automóvil, con el trípode y la cámara de filmar montada, Juanito Chancleta captó la desbandada de los drogadictos.

Tal como se había producido, la despavorida huida terminó.

El chino de recepción seguía sonriendo muy cortés y amable. Parecía dispuesto a no Inmutarse por nada, aunque le encendieran cerillas en las plantas de los pies. Había adoptado una línea a seguir y no la cambiaba.

Savage dio una ojeada al libro de registro. Allí había nombres de difícil pronunciación, nombres orientales. Savage no buscaba ningún nombre especial, buscaba a tres hombres que hubieran llegado aquel mismo día al pequeño hotel.

Al fin, su dedo índice se detuvo y le dijo a Ricky:

—Ven conmigo. Y tú...

—Señor, estoy para servirles —se apresuró a decir el hostelero.

Mostraba una exquisita amabilidad y eludía mirar a los dos hombres que habían tratado de salir en su defensa.

—Camina delante. Vamos a la habitación veinticuatro.

—SI me hicieran el honor de decirme lo que buscan, mi humilde persona se complacería en servirles.

—Sube aprisa y sin hacer ruido —le ordenó tajante Moses P. Savage.

Tras subir dos pisos, no tardaron en quedar frente a la habitación veinticuatro.

—Llama, pero si notan algo raro es lo último que haces en tu vida. Vas a salir volando por aquella ventana del fondo —le advirtió Savage, señalando una ventana que se veía al final del pasillo, por la que entraba luz.

Llamó a la puerta y habló en cantonés, sin dejar de sonreír.

—Lo siento, yo también sé cantonés —le dijo Savage, tras comprender que lo que había hecho el hostelero era poner en guardia a los que estaban al otro lado de la hoja de madera, pensando que no Iban a entender su Idioma.

M. P. Savage le aplicó un *shuto-uchi* con el canto de la mano. Le golpeó la carótida y el chino, dando unos extraños saltitos, se

derrumbó sobre la alfombra ajada por tantos años de soportar pisadas.

—¡Ricky, abajo la puerta!

Ricky actuó de inmediato. Abrió sus manos y se lanzó como un bulldozer sobre la puerta, arrancándola de su marco y llevándose detrás de ella a uno de los huéspedes, que se encontró emparedado entre la puerta y la pared.

Los otros dos individuos que allí estaban Intentaron huir por la puerta, mas se encontraron que M. P. Savage les cerraba la salida con sus manos en actitud de defensa.

Los dos chinos estaban desarmados, en el sentido de que no llevaban armas de fuego ni armas blancas, puesto que procedían de un vuelo internacional y tenían que tomar otro avión. Con el celo que ponían las compañías aéreas para evitar secuestros, no se podía viajar con armas encima, a nesgo de ser descubiertos y aquellos tres chinos, por encima de todo, trataban de pasar Inadvertidos.

No obstante, aquellos orientales conocían muy a fondo el Kung Fu y con sus manos limpias y los pies, podían resultar más peligrosos que un caucásico armado con una metralleta.

Los dos al mismo tiempo atacaron a Savage para abrirse paso y escapar a lo que para ellos, era ya una ratonera. Pero Savage, como *budoka* completo que era, sabía moverse con la agilidad necesaria para escapar a los impactos que le lanzaban. Al propio tiempo, replicaba con golpes contundentes que, según el momento eran de pie, rodilla, codo o manos en sus más diversas posturas.

Ricky atrapó a uno de ellos por debajo del maxilar inferior. El chino trató de zafarse, pero fue inútil, porque Ricky, como si estuviera dentro del *Dohyo*, el ring circular del Sumo, giró sobre sí mismo y alzó en el aire a su adversario, soltándolo al final, de tal forma que fue a estrellarse de cabeza contra una pintura china que no detuvo el golpe ni amortiguó sus efectos, ya que estaba pintada sobre papel de arroz prensado.

Savage lanzó su *kiai* silencioso viendo las intenciones asesinas de aquel sujeto y le aplicó tres golpes contundentes con la misma maño.

Los ates surtieron su efecto al alcanzar las sienes y la base de la nariz. El chino cayó al suelo boca arriba y torciendo la cabeza bruscamente, quedó quieto.

— Mala suerte, yo quería interrogarlos.

—Que-queda uno —dijo Ricky, señalando la puerta arrancada de cuajo por su fuerza excepcional, respaldada por su peso de ciento ochenta kilos y su elevada estatura.

Moses Pacific Savage levantó la puerta y comprobó que aquel chino estaba todavía en bastante buen estado.

Tras registrarle para no dejarle encima nada que pudiera emplearse como arma, dijo a Ricky:

—Nos lo llevamos.

—De, de acuerdo —replicó con su habitual tartamudeo.

El japonés tomó una manta de una de las camas; la dejó bien extendida y metió al chino dentro. Juntó las puntas, jaló del paquete y se lo cargó a la espalda sin importarle que salieran los pies calzados por uno de los huecos de la manta.

Bajaron las escaleras y salieron a la calle, saltando entre los caídos.

Tras la salida en tromba de los drogadictos, había algunos curiosos que les miraban con mucha atención, mientras Juanito Chancleta filmaba la escena. La gente aplaudió incluso, pensando que eran cineastas amateurs de tendencia underground, ya que filmaban sobre la marcha, utilizando decorados naturales.

Ricky cargó al chino dentro del coche.

En tres saltos, Juanito Chancleta limpió el techo del auto desmontando la filmadora del trípode, mientras Savage sacaba del aparcamiento al poderoso «Daymio».

Alguien debía haber telefoneado a la policía, porque se oía el ulular de los patrulleros que se dirigían hacia allá.

Savage estaba seguro de que el muro de silencio habitual en Chinatown les protegería. La policía, nada más llegar, preguntaría qué había ocurrido y se encontraría con rostros impenetrables que nada responderían.

Por eso, el «Daymio» pudo alejarse por una de las cinco calles, pasando cerca de un patrullero. Salió del Chinatown con el oriental secuestrado a bordo y rodó rápido por la autopista 101.

Salieron de la autopista y rodaron unas millas por una carretera de escaso tráfico. Después, se metieron por una pista forestal. Allí, el terreno era árido, escaseaban los árboles y abundaban los matorrales espinosos.

El «Daymio» se detuvo en un lugar solitario y seco. No se veía a nadie; ni siquiera símbolos o exponentes de la avanzada civilización en que vivían, tendidos eléctricos m telefónicos, oleoductos ni acueductos metálicos o de concreto.

Ricky sacó el paquete envuelto en la manta y lo dejó en el suelo.

Juanito Chancleta lo enfocó con su filmadora y M. P. Savage le quitó la chaqueta y le sacó toda la documentación. Tenía pasaporte de Taiwán, aunque Savage estaba seguro de que el pasaporte estaba falsificador

—Juanito, ¿puedes darle un poco de agua?

—En seguida.

El puertorriqueño sacó una cantimplora del interior del coche y vertió agua en los labios del chino, que acabó tosiendo y se incorporó como si temiera ahogarse.

Tenía varias contusiones, consecuencia del violento emparedamiento con que se viera sorprendido al hallarse tras la puerta que había sido desencajada y lanzada contra la pared, pillándole en medio.

Miró a los tres hombres y al inhóspito paisaje.

No comprendía nada. El recordaba hallarse en un hotel de Chinatown con otros dos compañeros.

Trató de ponerse en pie, pero un *nakato-geri* fue suficiente para hacerle entender que era preferible quedarse donde estaba. El talón de Savage había golpeado de una forma seca y contundente el hombro del chino, que se dolió del golpe, pero supo permanecer quieto donde estaba.

—¿Entiendes inglés?

El chino se lo quedó mirando con fijeza, como si no comprendiera nada. M. P. Savage le habló en cantonés y el chino continuó sin responder.

—Sé que ahora me entiendes —le advirtió Savage—. Sé que los tres habéis llegado hoy y que al amanecer debíais tomar otro reactor para dirigiros a vuestro destino, un país centroamericano. ¿Qué más da cual sea? No estoy investigando al que ha contratado vuestros servicios, lo que quiero es averiguar de qué colector salís. ¿Dónde está vuestra escuela de asesinos? Una escuela de asesinos refinados, sádicos y repugnantes... Me he empeñado en haceros un reportaje que os va a dejar al descubierto ante todo el mundo. Será un reportaje que se venderá muy bien, un reportaje que se disputarán todas las agencias internacionales de información. Vosotros no tenéis ideología política ni afiliación alguna, sólo sois asesinos torturadores, profesionales a sueldo. Al mundo entero le gustará saber de qué sois capaces, aunque algunos políticos déspotas y otros mafiosos ya han utilizado vuestros servicios, y al parecer, con buenos rendimientos de terror.

El chino quiso revolverse para escarpar, mas no lo consiguió.

Savage le castigó con un segundo *nakato-geri* que le luxó el otro hombro debido al golpe seco propinado con el talón.

—Has sido preparado sibaríticamente sádico para que seas tú el que torture y tus víctimas las que hablen, pero no te han ido bien las cosas; claro que pueden irte mejor si nos dices en qué lugar está ubicada la escuela de asesinos y quién es su cerebro organizador.

El chino comprendió que no se hallaba frente a tres sujetos vulgares. Ni Chancleta, Ricky o el propio Savage eran personajes anodinos contra los que él pudiera defenderse empleando las artes marciales chinas con las que había sido convenientemente adiestrado. Como no defendía más ideología que la de su propia profesión de sicario, preguntó:

—¿Qué me pasará a mí?

—Si hablas, nada.

—¿Y si no hablo? —siguió preguntando, en cantonés.

—Aquí nadie va a venir a buscar un cadáver; es un lugar muy solitario y no te van a poder ni identificar. Sé que te comerán las hormigas o cualquier otra alimaña. Con tus compañeros ya no cuentes, la policía habrá recogido sus cuerpos y en el Chinatown no es fácil que nadie delate a nadie porque sería mucho peor.

—No conseguiréis nada.

—Tú deja eso para nosotros, yo tengo que hacer un reportaje de la escuela de asesinos, china.

—¡No podréis probar nada!

—Repito que eso corre de nuestra cuenta.

—Está en Hong-Kong.

—De eso ya tenía alguna idea, pero en Hong-Kong hay muchas madrigueras y de muy diversas clases. Cualquier manta que se levante allí despide un tufo insoportable.

Savage comprendió que el chino estaba dispuesto a decir todo lo que sabía. Se había dado cuenta de que muerto no serviría de nada, y vivo, por lo menos le serviría a él mismo seguir viviendo. Ante la disyuntiva que se le había planteado, prefería ignorar lo que pudiera ocurrirle en el futuro.

—No lo sé, ninguno lo sabe. Puedes matarme, pero yo no puedo decírtelo. Tenemos maestros, pero ignoramos quién es el Mandarín.

—Pero sí sabrás dónde se ubica la escuela.

—Cuando fui reclutado, yo acababa de cruzar el telón .de bambú y no sé adónde me llevaron.

—¿Escapaste de la China continental?

—Sí.

—¿Y te reclutaron para esta repulsiva profesión para la que has sido metódicamente preparado?

—Sí.

—Pero al salir habrás visto de donde salías, ¿no?

—Nos vendaron los ojos, subimos a un coche y nos quitaron la venda cuando nos dirigíamos al aeropuerto de Hong-Kong. No sé más.

—Sí sabes. ¿Qué te encomendaron?

—Que trabajara a las órdenes de quien me mandara al llegar a nuestro destino.

—Supongo que a las órdenes de un jefe de policía política. En fin, dejemos eso de lado.

Savage comenzó a temer que aquel chino no le pudiera revelar nada importante. ¿Sería tan astuto el personaje al que había llamado Mandarín como para que ni los propios profesionales del terror que vomitaba al mundo su escuela de asesinos supieran quién era ni en qué lugar habían sido entrenados?

—Si no me dices nada, te quedas aquí para festín de alimañas —insistió, amenazador.

El chino, que parecía tenerle apego a la vida y que si de algo era fanático debía ser de conservar su propio pellejo, buscó en su cabeza algo que complaciera a Savage para que le dejara con vida, por ello dijo:

—Sólo sé que oí comentar a alguien en voz baja que estábamos en *Shaolin*.

—¿Shaolin? Eso es un templo chino, la cuna del Kung-Fu y está al otro lado del Telón de Bambú, perfectamente protegido.

—Ya lo sé, pero es lo único que puedo decir, no sé más.

—Es muy poco, y no me creo que después de atravesar como fugitivo el Telón de Bambú volvieran a llevarte a China.

—No sé nada, no sé nada, aunque me mates.

—Está bien, intentaré creerte. Desnúdate.

—¿Cómo?

—Desnúdate, a pelo. ¿Comprendido? A pelo.

—¿Por qué?

—Si haces otra pregunta te quedas sin dientes —amenazó para amedrentarle.

El chino, que ya estaba mal de los hombros y tenía magulladuras en todo el cuerpo, decidió obedecer, aunque Ricky tuvo que ayudarle un poco.

Cuando estuvo desnudo, Ricky metió toda su ropa dentro de la manta.

El chino les vio partir quedando abandonado en un lugar desolado de un país del que no conocía ni su idioma.

CAPÍTULO II

— ¡Atención, atención, Spirit of *Samurai*, atención, Spirit of *Samurai* procedente de San Francisco, cambio.

La voz anglosajona que brotaba de la torre de control del aeropuerto de Kaitak en Kow-Loon, colonia de Hong-Kong, llegó con perfecta claridad a la cabina de la Piper-Jet que pilotaba Moses Pacific Savage.

Los viajes aéreos prefería hacerlos en su propio avión particular de ocho plazas, con despacho transformable en saloncito y cuatro literas. Era un birreactor veloz y de fácil maniobra que a Savage le permitía trasladarse a cualquier punto de la Tierra en poco tiempo, siempre que el lugar tuviera un aeropuerto para aterrizar y por poco apto que éste fuera, ya que tenía adaptados dos retropropulsores de gas comprimido para pistas ultracortas y que le permitían un extrafrenado.

Los aerofrenos convencionales no eran suficientes para situaciones de emergencia y en los sitios difíciles no disponía de los cables de frenado para reactores que podía llevar consigo cualquier gran portaaviones de la OTAN o del Pacto de Varsovia.

—Aquí Spirit of *Samurai* procedente de San Francisco... Aquí Spirit of *Samurai* procedente de San Francisco, estoy a la escucha, cambio.

—Aquí torre de control del aeropuerto de Kaitak. ¿Conoce usted este aeropuerto? Cambio.

—Sí, no tengan cuidado, cambio.

—Este es uno de los aeropuertos más peligrosos del mundo si no se conoce bien, cambio.

—No tengan miedo,, no les voy a estropear el aeropuerto y no me pongan espuma en la pista, no soy ningún novato. Pilota M. P. Savage, cambio.

—¡Ah, Savage! ¿Eres tú? No te había reconocido, cambio.

—Pues no será porque haya tormenta a la vista. Disfruto de un tiempo espléndido, diviso la isla Victoria y el puerto. Veo tres aviones más volando en círculo, cambio.

—Tienen preferencia ellos, pero si eres capaz de tomar tierra en tres minutos y salir de la pista, te haríamos un hueco. Cambio.

—Adelante, con tres minutos me sobra, cambio.

—Pues enfila al aeropuerto, pista dos. Llega hasta el final, tras

de ti descenderá un Boeing de turistas. No te pases, porque no le dejarías tiempo al Boeing para hacer una maniobra de salvación; puedes poner en peligro la vida de más de cien turistas.

—Comprendido, pista dos. Cambio y corto, hasta ahora.

Moses Pacific Savage perdió altura y se metió entre las oscuras montañas de la península de Kow-Loon. Enfiló hacia el aeropuerto más peligroso del mundo, especial para turistas ansiosos de pasar experiencias.

Su radar de a bordo le advertía de la cercana presencia a popa del pesado Boeing repleto de turistas y con la panza llena de equipaje. Ya le habían hecho un hueco en el aeropuerto, por aquellas fechas sobrecargado de tráfico y no era fácil ampliar el aeropuerto de la colonia de Hong-Kong, pues si algo faltaba allí era terreno y no precisamente más gente.

Notó las sacudidas de los aerofrenos, pues efectuó un descenso más vertical de lo

acostumbrado. A más de un veterano comandante de aviación le dio un vuelco el corazón; pero M. P. Savage conocía muy bien las posibilidades de su aparato particular y maniobró con seguridad, sin arriesgar la vida de nadie y así se notó el contacto de los neumáticos contra la pista.

El Spirit of *Samurai* quedó colocado en perfecta posición y rodó sobre el cemento, alejándose para dejar sitio al Boeing de turistas que se le venía encima.

Un tractor del aeropuerto enganchó el morro del Spirit of *Samurai* y lo llevó al hangar de aviones particulares.

Savage pasó el registro de policía y antes de abandonar el aeropuerto dio las gracias a su amigo de la torre de control, que le propuso verse en otro momento para beber unas copas juntos.

Savage, con una maleta de mano de tamaño mediano, salió en busca de un taxi que sin abandonar la península de Kow-Loon le llevó al Black Building.

Se apeó del taxi y con su maleta, que no parecía pesar mucho, se introdujo en uno de los ascensores de aquel edificio dedicado a oficinas. Descendió en el piso catorce y caminó por un pasillo sin vacilaciones hasta detenerse ante una puerta en la que un rótulo advertía:

BILLY FLETCHER
Investigador privado

Tomó el pomo de la puerta y ésta cedió. Pasó a una salita muy pequeña, pero confortable. De inmediato, una voz le saludó en perfecto inglés:

—Gracias por su visita. Billy Fletcher, investigador privado, está

a su disposición. Tome asiento y aguarde un instante, por favor, será atendido de inmediato.

M. P. miró hacia las paredes y el techo. Junto a la lámpara, disimulado, descubrió el pequeño altavoz. Seguramente se trataba de una cinta de grabación automática que se ponía en funcionamiento cuando la puerta se abría y entraba alguien en la oficina, alguien que era controlado por una célula fotoeléctrica.

No había que olvidar que Hong-Kong era el paraíso de los pequeños ingenios electrónicos que podían ser utilizados para el espionaje industrial, político y militar.

Dejó descansar la maleta de piel beige sobre el suelo enmoquetado en verde.

Se abrió una puerta y apareció una mujer capaz de bloquear la nuez en cualquier garganta masculina. Era alta y saltaba a la vista que muy joven, de larguísimos cabellos negros azabache que llevaba sueltos, cayéndole en parte sobre el pecho y la espalda.

Poseía unos grandes ojos color azul-violeta, impropios en una oriental. Su boca era más bien tailandesa. Poseía una piel clara, ligeramente dorada por el sol. Llevaba los brazos desnudos, con el vestido cerrado al cuello, según la norma habitual en Hong-Kong. Sus pechos quedaban bien marcados por la tela roja de auténtica seda que los ceñía. Sus caderas no eran anchas, sino bien proporcionadas, y sus piernas muy largas.

—¿Ya ha calculado mis medidas, señor? —preguntó ella, con una sonrisa, sin turbarse ni mostrarse molesta; parecía una mujer extraordinariamente segura de sí misma.

—La verdad, esperaba encontrarme con Billy Fletcher y me encuentro con un ángel.

—Gracias, pero en cuanto a lo que se refiere a Billy Fletcher, está ausente en estos momentos. Yo le atenderé, soy su secretaria particular. Puede pasar al despacho, si no le importa.

—No, no me importa.

Tomó la maleta y pasó al despacho. Había una buena colección de archivos metálicos contra incendios y tres teléfonos sobre una mesa, cada uno de distinto color y con señales acústicas diferenciadas para que uno no se quedara perplejo tratando de averiguar cuál era el teléfono que estaba sonando en un momento dado.

Había otra mesa más pequeña, pero la joven se situó tras la gran mesa escritorio. A su derecha quedaba el gran ventanal desde el que se divisaba el puerto y los ferrys que cruzaban las aguas en algo más de diez minutos para trasladar la gente a la isla Victoria, auténtico meollo de la colonia de Hong-Kong.

—¿Acaba de llegar de viaje, señor?

—Por favor, basta de señor; me llamo Moses Pacific Savage, y

Billy Fletcher me conoce por Savage, somos amigos.

—¿Savage? Claro, claro, algunas veces me ha hablado de usted y he leído reportajes suyos, pero nunca sale usted filmado o fotografiado en sus reportajes.

—Es que soy tan vanidoso que no me gusta que puedan criticarme los lectores o televidentes; le hacen a uno pedazos en cuanto le han visto más de tres veces.

—La verdad es que escribe y filma cosas espeluznantes; sus reportajes ponen la carne de gallina.

—Lo que pone la carne de gallina no es el reportaje sino los hechos que provocan la denuncia. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Kiss Oglaya Fletcher.

—¿La hija de Billy Fletcher?

—Sí.

—Vaya, se lo tenía muy callado, la verdad es que le creía soltero.

—Mantuvo oculto durante largo tiempo su matrimonio con mi madre, una oriental, pero las normas sociales poco a poco se han vuelto más flexibles y al final se convenció de que no era tan malo estar casado con una oriental y la mostró a sus estirados compatriotas los británicos.

—Sin duda alguna has sacado lo mejor en la fusión de las razas europea y asiática. Habrá que pedirle a tu padre la fórmula, Kiss.

—Tú también tienes algo de oriental, ¿verdad?

—Pues a ciencia cierta no lo sé.

—Algo me contó mi padre acerca de tu nacimiento. Fue en un lanchón en el Pacífico después de que un avión militar americano cayera al agua cargado de mujeres embarazadas, ¿verdad?

—Sí, esposas de militares, mujeres blancas y mujeres japonesas, nunca he sabido de qué vientre salí. A mí me da lo mismo respecto a la raza, soy ciudadano del mundo.

—Yo también —admitió la euroasiática Kiss.

—Pues ya que nos entendemos bien, de principio, preguntaré: ¿dónde está tu padre?

—En Macao; ha ido a hacer unas gestiones allá.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé; mañana, posiblemente. Está con un trabajo rutinario que no es demasiado urgente. ¿Querías verle por algo en especial?

—Ante todo quería saludarle y luego pedirle un poco de información.

—¿Información? Según de qué tipo sea, puedo dártela yo misma.

—Pues sí, claro que sí, Kiss —le dijo, sonriéndole suave y amablemente.

Ambos poseían el misterio de la sonrisa oriental y se

comprendieron al momento.

—¿Qué deseas saber, Savage?

—Tengo una palabra y quiero conocer los posibles significados que tenga en Hong-Kong, pero sin que trascienda, por supuesto.

—¿Preparando un reportaje?

—Sí.

—¿Puedo saber sobre qué?

—Pienso que has de ser una mujer muy flemática en situaciones difíciles. La unión de la sangre de un inglés y de una oriental ha de dar como resultado una imperturbabilidad nada común. Si sabes esperar y todo sale bien, seguro que te enteras de lo que ando buscando. Ahora, si puedes ayudarme...

—Comprendo; tú preguntas y yo respondo.

—Eso es. La verdad es que acabo de llegar y tengo algo de prisa, ni siquiera he buscado hotel y en el aeropuerto ya me han advertido que es temporada de turistas. Miles de turistas de todo el mundo vienen aquí a comprar seda o cualquier chisme electrónico a precio bajo.

—Es cierto, los almacenes de Hong-Kong son el paraíso de los que quieren comprar los más variados artilugios de la electrónica y la fotografía procedentes de la industria japonesa, china o ve a saber de dónde. Hay industrias en muchos países del mundo que falsifican el Made in... y luego traen aquí el material y lo venden como pueden de exportación e importación, pero a los turistas de Europa y América les gusta venir aquí, comprar ellos mismos su aparatito y creer que hacen el gran negocio.

—Algunas veces lo hacen.

—Y muchas veces son timados ingenuamente.

—Sí, eso también es cierto. Cuando llegan a su país de origen y descubren que no se han llevado de aquí exactamente lo que habían comprado o que el material está algo averiado, no hay forma de cambiarlo; todo está previsto. ¿Cuál es la palabra que te preocupa, Savage?

—*Shaolin*.

—¿*Shaolin*? Eso es un templo chino de monjes, los creadores del Kung-Fu.

—Ya lo sé, pero yo no busco el templo chino que está al otro lado del Telón de Bambú.

—Comprendo, tú quieres saber lo que puede significar Shaolin en Hong-Kong.

—Exacto.

Kiss O. Fletcher se levantó y puso sobre la mesa las guías comerciales y telefónicas.

—Ve buscando, mientras yo miraré mis archivos —dijo.

Estuvieron buscando durante algo más de dos horas. Al final habían encontrado a diez sujetos que se llamaban *Shaolin* y que vivían en la colonia, un restaurante chino con espectáculos para turistas, un gimnasio que ofrecía enseñanza de Kung-Fu y la *Shaolin* Office Center.

—No está mal, no está mal. Si tu padre estuviera aquí podría ayudarme un poco.

—Yo ocupo su lugar cuando se trata de buscar información.

—Es que busco un *Shaolin* determinado y no sé cuál de éstos puede ser.

—Puedo ayudarte y te costará más barato que si andas cogiendo taxis o alquilas un rickshaws para que te lleve arriba y abajo.

—Es que cuando dé con el *Shaolin* que busco, puede resultar algo peligroso. No se trata de un juego; tú eres porcelana fina y si te rompes no habrá cola con que unir tus pedacitos.

Ella le ofreció una amplia sonrisa.

—Vivo en Hong-Kong desde que nací, no es fácil que me asusten. Papá me ha enseñado muchas cosas.

—Está bien, acepto tu ayuda, pero no harás preguntas indiscretas. ¿De acuerdo?

—Palabra.

—Se trata de investigar a cada *Shaolin* que hemos encontrado y ver lo que hay, si puede ser haciendo fotografías. Después ya decidiré dónde puede haber algo de lo que ando buscando.

—En ese caso, tomaré la cámara fotográfica y pasaremos por un par de turistas más ; haré fotografías donde tú digas.

—Bien, luego lo pones todo en la minuta.

—Naturalmente, es un trabajo profesional, aunque no estemos acostumbrados a ceder tanto ante las exigencias del cliente; claro que siendo el cliente Moses Pacific Savage, el gran reportero free-lance, las cosas cambian un poco.

—Gracias por no ponerme dificultades, Kiss.

—Ninguna, y es más, si no quieres buscar un hotel, te llevo a mi apartamento.

—¿Y cuando llegue tu papá?

—¡Oh, no importa! El vive en la British Residence. Se ofreció para que viviéramos juntos, pero fui yo la que no aceptó. Le dije que si se había pasado casi toda la vida en esa residencia para británicos con sus costumbres, sus formas habituales de vivir y su club, no veía por qué había de cambiar. De modo que yo me compré mi apartamento ayudada por los dólares de papá y no hay problemas entre los dos. Palabra que no me hace vivir aparte porque yo lleve sangre oriental.

—No hubiera creído jamás una cosa así de Billy Fletcher.

—Tienes razón, Savage, no hacía falta puntualizar tanto, pero

como siempre hay personas muy recelosas y la segregación entre razas, pese a lo que se diga, no ha terminado en el mundo.

—Acepto tu oferta, Kiss.

—No vayas a creer que ofrezco mi apartamento a todos los que llegan al despacho, ¿eh? Tienes cama con derecho a baño, nada más.

—Aceptada la puntualización, Kiss.

Tras tomar detallada nota de los datos que habían obtenido, M. P. Savage se puso en pie. Kiss comenzó a cerrar la oficina.

—Hoy no creo que venga ningún cliente más.

Llevando Savage su maleta en la mano, descendieron por el ascensor hasta el parking subterráneo. Allí, Kiss Fletcher señaló un «Datsun» 120-coupé, de dos puertas.

—Aquél es mi coche.

—Un «Datsun». Buen coche.

—Sí, pero no es demasiado útil un automóvil en Hong-Kong. Hay pocos aparcamientos y pocas millas por donde circular. Sin embargo, es imprescindible si se tienen que hacer varias gestiones en un mismo día.

Savage introdujo la maleta en el coche de fabricación japonesa y se sentó junto a Kiss, que había quedado frente al volante. Estiró sus largas piernas sin importarle mostrarlas desnudas en su mayor parte, pues así resultaba más cómodo para conducir.

Abandonaron el parking saliendo a la calle. Era aún de día, aunque la tarde estaba muriendo.

—¿Conoces muy a fondo Hong-Kong? —preguntó Kiss, mientras conducía su «Datsun» en dirección a los muelles de ferrys.

—Algo, la verdad es que cuando se han pisado tantas ciudades del mundo corre uno el riesgo de hacerse un pequeño lío con las direcciones y contradirecciones de ordenación de tráfico rodado.

Kiss Fletcher situó con normalidad su coche en la cola, detrás de otros vehículos que montaban en uno de los ferrys para automóviles. Cuando llegó su turno, el «Datsun» japonés rodó por la rampa subiendo a bordo. Unos mozos calzaron las ruedas del vehículo para que no se desplazara durante la navegación, operación en la que no tardaron ni cinco segundos.

Al poco, el ferry soltaba amarras y ponía proa a la isla Victoria, la verdadera metrópoli de Hong-Kong, dejando a un lado uno de los puertos más hermosos del mundo.

El sol se ponía, como devorado por la China continental, y todo el paisaje adquiría una coloración especial, entre roja, rosada, gris, azulada, verdosa y negra.

—Es bonito, ¿verdad? —comentó Kiss.

—Sí, muy bonito.

—No obstante, es más bonito al amanecer, porque el sol parece

salir del océano, como desperezándose entre las aguas.

—Sí, ahora tenemos el sol a la espalda.

—Tú, en tus andanzas por todo el mundo, habrás visto infinidad de paisajes bellos. ¿No es cierto?

—Es verdad, los he visto muy hermosos y también muy desagradables. No hay lugar deprimente que no tenga su algo hermoso y viceversa.

—Yo no he salido nunca de Hong-Kong, soy como una prisionera vitalicia de este lugar.

—Eres muy joven para hablar de esa forma, Kiss. Por otra parte, es difícil que en Hong-Kong no encuentres lo que puedas hallar en otro lugar del mundo.

—Si te refieres a algo material, algo que se pueda comprar, es cierto, pero ¿qué me dices de montañas tapizadas de verde y con las cumbres nevadas como en Suiza, las cataratas del Ángel, en Sudamérica, o el Gran Cañón del Colorado?

—Sí, el mundo tiene muchas cosas bonitas que los libros y el cine muestran a los que por una causa u otra no pueden ir personalmente a visitarlas; pero he de admitir que uno no puede llegar a comprender la grandeza de alguna de las cosas que has citado hasta que se halla en el lugar, viviendo su propia insignificancia frente a la grandiosidad de la Naturaleza.

—¿Qué es lo que más te gusta del mundo?

M. P. Savage achicó sus ojos de pupilas verdes y no llegó a responder porque en aquellos momentos el ferry había atracado en los muelles de la capital Victoria y los automóviles, acostumbrados a aquel ir y venir en el ferry sobre las aguas, se apresuraban a abandonar la embarcación para enfilar las grandes avenidas del centro metropolitano de Hong-Kong, plagado de luces y reclamos publicitarios, la mayor parte de ellos escritos en ideogramas chino-cantoneses.

Moses P. Savage se había quedado pensando en su Liberty Garden, aquel área excepcional creada y costeada íntegramente por él con el dinero que obtenía por sus reportajes.

Liberty Garden, ubicado en un punto de la Tierra secreto para que nadie pudiera dar con él y destruir su obra, formaba jóvenes de distintos sexos, razas e ideologías que se hermanaban, comprendían y respetaban mientras se convertían en *budokas* de las más variadas disciplinas de las artes marciales, enseñados por se*n*seis escogidos, chicos y chicas que saldrían como *budokas* defensores de la justicia en un mundo de injusticia.

Kiss respetó el silencio de M. P. Savage; dejó que él pensara en su Liberty Garden, aunque ella supuso que él pensaba en otra mujer. Kiss desconocía la existencia de Liberty Garden y lo que significaba

para Savage, su creador.

Los muchachos que él había escogido en los países más distintos de la Tierra, habían sido marginados en sus respectivas sociedades, unas veces por segregación de raza u otras simplemente por segregación social.

M. P. Savage había evitado que aquellos muchachos se convirtieran en delincuentes. En Liberty Garden aprendían a ser hombres y mujeres en el más completo sentido de la palabra. Cada uno de ellos iría saliendo en su día cuando su formación fuera sólida y completa para reintegrarse al mundo del que procedía y convertirse en un obstáculo invencible ante los déspotas, dictadores y mañosos. Una tarea nada fácil, pero tampoco era fácil la preparación que recibían.

—¿Era bonita?

—¿Quién? —preguntó cuando Kiss ya había detenido el «Datsun» en el estacionamiento.

—La chica en la que pensabas.

—No pensaba en ninguna otra chica; jamás cometería una estupidez semejante estando tú a mi lado, Kiss.

Subieron al apartamento. Era más bien pequeño saloncito, un dormitorio y el cuarto de baño.

—Papá ha dormido algunas veces en el sofá y dice que es muy cómodo.

—Descuida, que si ha sido cómodo para Billy Fletcher también lo será para Moses P. Savage. —Dejó la maleta y preguntó—: ¿Te parece bien que salgamos a cenar luego?

—Si insistes… ¿Tienes algún lugar elegido?

—¿Qué te parece el *Shaolin* Restaurant?

—¡Ah, muy bien! Así aprovecharemos el tiempo. Yo pondré un carrete de película ultrarrápida en la cámara por si quieres hacer fotografías con luz artificial sin flash.

—De acuerdo. Ahora, si me dejas, me daré un duchazo.

—Claro que sí, pero antes quitaré las medias de la ducha.

Entró la primera en el cuarto de aseo, dejando a Savage en el saloncito.

Este se acercó a la ventana y observó la ciudad que había encendido sus luces, pues la noche la había envuelto como una bóveda de terciopelo negro que la separaba del sol.

CAPÍTULO III

El *Shaolin* Restaurant era un local muy concurrido en la temporada alta de turismo que solía coincidir más que con el buen tiempo de Hong-Kong, con la época vacacional del país del que provenían los turistas.

El *Shaolin* Restaurant era un gran junco, demasiado grande para ser auténtico. En realidad, era una imitación de junco que por sí solo no podría navegar, pero había sido ideado y construido para dejarlo anclado en los muelles de Hong-Kong con la única y exclusiva finalidad de convertirlo en restaurante y atracción turística o, por lo menos, eso era lo que se decía.

Resultaba espacioso en su cubierta y en la planta noble, es decir, bajo la cubierta; allí se ubicaba el gran salón con el escenario donde se presentaban las atracciones que podían disfrutar los comensales.

Más al fondo, es decir, ya bajo el nivel del agua, se suponía que estaban camerinos, almacén, bodega y cocina. Un falso junco chino que no podría navegar, pero que resultaba muy interesante como atracción turística.

En aquellos momentos, unas danzarinas chinas evolucionaban en el escenario que ocupaba el salón de parte a parte, lo que constituía la manga hacia la proa, un escenario que tendría como unos veinte pasos de amplitud, quizá más.

Las bailarinas, muy ligeras de ropa, danzaban algo que no era ni folklore chino mixtificado; era una mezcla de bailes orientales en un show a la americana para hacerlo más digestible a los turistas.

Sólo un ingenuo, al entrar en el Sh*a*olin Restaurant, podía pensar que iba a ver y degustar algo auténticamente chino, pese a que se le acercara muy ceremonioso un *maître* chino vestido ricamente a la usanza de los antiguos mandarines.

—Lo siento, señorita, señor, es mucho mi pesar al decirles que todo está ocupado. Mi humilde persona se siente avergonzada por no haber previsto su presencia esta noche entre nosotros.

Era obvio que el *maître* chinó hablaba de aquella forma por la cortesía intrínseca en él; un *maître* europeo habría sido más seco y cortante dentro de su lógica amabilidad.

—Disculpen mi intromisión —pidió otro chino más alto, de escaso y lacio cabello.

Era difícil calcularle edad, pero parecía muy seguro de sí mismo. Vestía con elegancia un traje cortado posiblemente en el mismísimo Londres y camisa y corbata impecables.

El *maître* le miró y sonrió rápidamente.

—Señor Choo Lan Kuang, ¿hay algo en esta humilde casa que le preocupa o desagrada?

—No, sólo quería rogarle que tratara de encontrar una mesa libre para el señor Savage y la bella señorita que le acompaña.

—Partiendo de usted la petición, señor Choo Lan Kuang, es una orden para mí y mis humildes servidores. Se hará lo imposible para que todos ustedes sean complacidos y mi humilde persona se sienta feliz por haberles complacido…

Savage pensó que si no abreviaba, el chino no acabaría nunca de expresarse con aquella excesiva cortesía.

—¿Cómo sabe que soy Savage? —le preguntó cuando el *maître* se había alejado para preparar una mesa.

El interpelado agrandó un poco más la sonrisa en su rostro oriental. Era un hombre que podía competir entre los elegantes de Piccadilly Circus de Londres o los Campos Elíseos de París.

—Disculpen mi pequeña intromisión.

Llevó su mano al interior de la chaqueta y sacó una especie de carnet que mostró abierto a Savage.

—Choo Lan Kuang, comisionado policial del Comité Chino del Gobierno de la colonia — leyó Savage—. Pues celebro conocerle, señor Kuang, pero eso no explica el que usted me conozca.

—Hoy estaba en el aeropuerto cuando ha llegado usted con su birreactor particular. A Hong-Kong llegan algunas avionetas particulares, pero pocas a reacción y siempre es interesante saber quién es su propietario. Tomé unos prismáticos y le vi salir del hangar cargado con su maleta de cuero beige.

—Perfecto, no me cabe ninguna duda de que me ha visto usted antes, comisionado Kuang.

—¡Oh, por favor! No me llamen comisionado, les he mostrado mi identidad para que no tuvieran ningún recelo hacia mi humilde persona, nada más.

—Usted conocerá a mucha gente importante de Hong-Kong, ¿verdad, señor Kuang?

—Sí, y al señor padre de usted también le conozco, señorita Fletcher.

—Vaya con el señor Kuang, también me conoce a mí —dijo Kiss, sorprendida.

—La identidad y personalidad de los investigadores privados debe ser conocida por la policía oficial; eso no quiere decir que trate de inmiscuirme en la vida privada ajena, simple deber de un funcionario público de la colonia.

—Por favor, les suplico que sigan a mi humilde persona hasta la mesa que se les ha habilitado ex profeso y les ruego que sólo y únicamente culpen a mi insignificante persona por no haber encontrado algo mejor que ustedes, obviamente, merecen.

Savage carraspeó. Choo Lan Kuang les dedicó una inclinación de

cabeza para retirarse, mas Savage le pidió:

—Por favor, acompáñenos, aunque sólo sea para tomar un sherry.

—Acepto su invitación con mucho gusto, señor Savage.

La mesa resultó más grande que las otras que ya estaban fijas y llenas de" comensales. Tenía unos farolillos rojos prendidos de un centro de mesa que era como unas ramas secas.

—Ustedes dirán lo que desean tomar, señores —dijo el *maître*, tras el cual había dos camareros vestidos en seda azul y que observaban a los comensales sin mirarlos, pues sus rostros resultaban totalmente enigmáticos.

—A mí, en honor del señor Savage, un sake —pidió el comisionado Kuang.

—¿Es japonés el señor?

—Tengo nacionalidad norteamericana, aunque sea ciudadano del mundo, y es cierto que tengo mucho de japonés o quizá diría mejor de oriental. Fui criado en Okinawa y ustedes saben que Okinawa perteneció durante algún tiempo al imperio chino, aunque posteriormente fuera invadida por los japoneses.

—Los okinawenses y disculpe si usted no se siente de Okinawa, son muy suyos; son japoneses, pero por encima de todo son okinawenses, hasta físicamente son más fornidos y altos que los otros japoneses. Allí, los chinos llevamos nuestro Kempo, el boxeo chino, y ustedes terminaron por convertirlo en Karate. Los okinawenses son una raza muy belicosa. ¿No es cierto, señor Savage?

—Yo más bien diría que una raza obligada a aprender muchas técnicas de defensa porque siempre se ha visto acosada e invadida. ¿Le parece mejor mi opinión?

—Su opinión, para mí siempre será muy respetable.

Kiss Fletcher rompió aquella especie de lucha verbal que mantenían los dos hombres, aun dentro de las normas de la más cautelosa cortesía oriental.

—Nunca he comido aquí antes. ¿Es buena la cocina del *Shaolin*?

—Para usted, señorita Fletcher, no creo que sea ningún misterio la cocina china que se sirve en los restaurantes de esta categoría de Hong-Kong. ¿Platillos chinos? Sí, pero el *maître*, que es un hombre muy agudo y observador, divide a los comensales en dos grupos fundamentales: el chino auténtico y el turista que desea comer bien. Al primero le ofrece la comida china más exquisita sin adulteraciones; al segundo le sirve la comida china mixtificada, digamos que un poco a la europea, nada en los platillos que pueda producir náuseas o repugnancia. Sabores algo exóticos, pero que han sido probados antes por paladares europeos y americanos y que no son rechazados, de modo que se ofrece una cocina china que gusta al turista. Así, cuando

se marcha, lo hace elogiando la cocina china que ha tomado en el *Shaolin*. Como carece de elementos comparativos, le ha gustado y habla bien, y eso siempre es bueno para un restaurante.

—Es magnífico, toda la vida viviendo aquí y no había reparado en ello —observó Kiss.

Las danzarinas habían terminado su número y entonces se escucharon como unos truenos. La decoración del fondo del escenario cambió de Inmediato; se hizo oscuro y apareció el templo de *Shaolin*. Estaba tan bien pintado que semejaba una gran ventana abierta al espacio.

Varios flash de luz simularon una tormenta de relámpagos mientras el escenario se Iluminaba con oscuras tonalidades rojas, azules y verdes, como colores arrancados por los relámpagos de la tormenta ficticia.

—Tienen suerte de no hallarse comiendo; éste es el número fuerte del espectáculo — opinó el comisionado Kuang—. Podrán contemplarlo sin más problemas.

Del suelo de tablas del escenario comenzó a emerger la figura oscura de un monje de cabeza afeitada e Impregnada de óleos aromáticos. Vestía de negro y semejaba muy alto y siniestro, por su extremada delgadez.

Apareció con los brazos cruzados y las Impenetrables pupilas de sus pequeños ojos oblicuos clavadas en los comensales.

Todos le miraron. Aquel ser enigmático, de aspecto cruel y temible, despedía un extraño magnetismo. Atrajo todas las miradas e hizo el silencio sin que nadie lo pidiera. Mientras, en torno suyo, cruzaban los relámpagos y cambiaban los colores fuertes.

Por derecha e Izquierda del hierático monje irrumpieron cuatro supuestos mendigos que comenzaron a danzar en torno suyo adoptando posturas Implorantes.

De súbito, uno de ellos saltó sobre él como para atacarle, mas bastó un a*te* sobre fas costillas flotantes para lanzarlo a tres o cuatro pasos, revolviéndose de dolor y el monje apenas se había movido.

Entre los otros supuestos mendigos trataron de atacarle para sujetarle y robarle, si es que consideraban que llevaba algo encima.

El monje, sin mover sus pies de donde los mantenía desde un principio, separados el uno del otro, dando fuerza y equilibrio a su cuerpo, hizo saltar en todas direcciones a sus atacantes que se revolvían y gritaban de dolor.

Los cuatro supuestos mendigos vapuleados desaparecieron rápidamente del escenario y una salva de aplausos premió la actuación del monje, que inclinó reverentemente su cabeza brillante y rapada, aceptándolos.

La actuación del monje, que era el número fuerte, no había

terminado. Aparecieron ahora tres orientales vestidos con judogis. Uno iba con las manos desnudas, el otro portaba un *Aicuchi*, y el tercero, un *Boho* de unos ciento veinte centímetros de largo; con aquel bastón podía hacer mucho daño.

Lo rodearon mientras el monje continuaba impasible, con los brazos cruzados ante las miradas expectantes de los turistas americanos y europeos.

El que utilizaba el bastón le atacó con técnica de *Bo-Jutsu*, haciéndolo girar en círculos para sorprenderle, mas no lo consiguió.

El monje se desplazó ahora sobre sus pies, cambiando rápidamente de posición mientras extendía sus brazos y manos, moviéndolos de una forma que expresaba arte. No eran gestos bruscos; sin embargo, eran muy rápidos.

El atacante del bastón se sintió halado por la mano. Recibió un rodillazo en el vientre por debajo del ombligo que le dejó en suspenso al mismo tiempo que dos golpes consecutivos con el canto de la mano, colocados en ambas sienes, dieron con él en el suelo.

Mientras, el del puñal trataba de hundírselo al monje por el costado al propio tiempo que el que atacaba con Karate intentaba sorprenderle aplicándole un golpe mortal.

El monje actuó con piernas, manos y brazos en depurado arte de Kung-Fu y el cuchillo voló por el aire. Antes de que cayera al suelo, el monje lo recogió y lo lanzó hacia el público, quedando clavado en una de las columnas que sostenían la cubierta del falso junco.

Obtuvo más aplausos, ya que se había desembarazado de sus tres atacantes con impactos secos, rápidos y contundentes. Los vencidos, arrastrándose, salieron del escenario.

—Lo representan muy bien —opinó Kiss Fletcher.

—No crea que todo es simulación —explicó el comisionado Kuang—. Sólo el monje puede permitirse ese lujo porque sabe cuándo detener el golpe antes de partir un cráneo. Los atacantes van a golpear sin simulación alguna.

—Pero ¿cada noche ha de correr riesgos? —preguntó Kiss.

—Sí, ésa es su labor. Yo he visto heridas en su cuerpo, heridas que me han demostrado que sus adversarios no simulan en absoluto. El monje es diferente, claro, porque si él aplicara sus golpes con el verismo de que es capaz, cada noche tendríamos sobre el escenario unos cuantos muertos.

Volvió la tormenta al escenario y apareció un *samurai* japonés vestido con la *hakana* o falda pantalón azul oscura, el *keirogi* y un pañuelo cubriéndole la cabeza y fuertemente anudado con una cinta que le rodeaba la cabeza por la frente y en la que habían escritos

varios ideogramas japoneses. No llevaba protectores visibles, pero sí portaba su *katana* envainada.

El *samurai* anduvo despacio y sigiloso por detrás del monje que semejaba sumido en meditación.

Lentamente, el *samurai* desenvainó su *katana*. El acero del sable japonés refulgió a la luz de los rayos de aquella tormenta simulada en el escenario y, de pronto, saltó en el aire.

—¡*Kiaiii*!

El «k*i*ai» fue un auténtico rugido salido de lo más profundo de su cuerpo, de sus entrañas, por debajo del estómago. Aquello no era un combate de Kendo en el que el atacante debía advertir con una voz el lugar preciso donde iba a asestar el golpe letal con el filo de la *katana*; era muy diferente. Era un ataque de *samurai* para decapitar a su enemigo, en aquel caso el monje chino de *Shaolin*.

El filo del sable japonés cortó el aire, conteniendo la respiración de todos los comensales que esperaban ver cortada la cabeza del monje.

Por un instante, los más próximos al escenario temieron ver saltar sobre sus mesas la cabeza cercenada y salpicando sangre; mas el monje chino se inclinó hacia delante lo suficiente para que la *katana* pasara por encima de su cabeza y no encontrara su cuello.

Al propio tiempo, lanzó un golpe con el talón que desequilibró a su enemigo. Inmediatamente, se revolvió aplicándole un golpe con el canto de la mano que le hizo saltar la kat*a*na, desarmándole.

El monje se apoderó del sable y asestó el golpe de gracia a su atacante japonés caído, pero el filo de la espada japonesa, que parecía iba a abrir en dos la cabeza del nipón, se detuvo justo encima de ésta.

Salieron ocho danzarinas chinas vestidas con sedas multicolores. Llevaban una silla de mano en la que el monje se subió ceremoniosamente, dejándose llevar por las mujeres. Desapareció del escenario en medio de una gran salva de aplausos.

—Magnífico, me gustaría invitarle a esta mesa —expresó Moses P. Savage.

—No sé si nos podrá conceder ese honor. Conozco personalmente al monje; no obstante, tratándose de un personaje tan especial como es, no gusta de mezclarse entre el público.

—Dígale que Moses Pacific Savage tiene el honor de invitarle a su mesa, si a ti no te importa, Kiss.

—¿A mí? Todo lo contrario, esto es muy interesante —respondió la muchacha.

—Disculpen, entonces, que me ausente unos instantes; no obstante, he de advertirles que no va a ser tan fácil como pedir que pongan una mesa para cenar.

El *maître* chino les atendió y no tardó en regresar el comisionado Kuang. A su lado venía una bellísima china del sur; era más alta de lo normal y poseía unos ojos oblicuos muy grandes, nada corrientes en

una china. Kiss y ella se miraron fríamente, como valorando las armas con que podía contar cada una de ellas.

—Les presento a madame Miangsho, es la propietaria del *Shaolin* Restaurant.

Moses P. Savage se había puesto en pie para recibirla y la saludó con la cabeza al estilo oriental.

—Deberán disculpar al monje, está fatigado. Me ha suplicado que le comunique que en otra ocasión tendrá el honor de acudir a su mesa —dijo la china, con un inglés que tenía acento francés.

—¿Ha pasado mucho tiempo en Vietnam, madame Miangsho?

—Es usted muy observador, señor Savage. Sí, he pasado años de mi niñez en Vietnam porque mi madre era vietnamita.

—Esos ojos tan bellos que usted tiene lo gritan, madame Miangsho.

—Es usted muy halagador, pero me siento más china que vietnamita. Tenía deseos de conocerle, señor Savage. Yo viajo mucho y en el gran Kodokan de Tokio oí hablar de un hombre americano, pero que en realidad era okinawense, y que es cinturón negro en más de cinco artes marciales orientales, un *budoka* completísimo, un ninja de nuestro tiempo.

—Sí, tengo el cinturón negro en varias disciplinas y tendría que consultar alguna ficha para saber cuántos Dan corresponden a cada uno de mis cinturones negros.

—Lo que se comenta es que es una pena que usted no participe en las grandes competiciones.

—Las competiciones las dejo para otros *budokas* más dignos que yo de pisar el gran Kodokan de Tokio, madame Miangsho.

—¿Más dignos que usted, por qué?

—Sólo soy un free-lance americano; busco reportajes que una vez compuestos vendo a revistas, periódicos o cadenas televisivas. No me dedico a la competición.

—Sin embargo, se sabe que está usted en plena forma, se le sigue llamando el Star-Budoka.

—Veo que sabe usted mucho de mi humilde persona, madame Miangsho.

—Es usted un hombre muy especial, señor Savage. A la señorita Fletcher se le nota que es el resultado de la mezcla de dos razas, a usted no.

A Kiss le sentó mal lo que acababa de oír, no obstante sonrió. Ella no perdía fácilmente la calma, su sangre oriental, unida a la flema británica, eran mucha flema y tranquilidad para exaltarse por un comentario adverso.

—Usted, Savage —continuó la propietaria del *Shaolin* Restaurant —, es algo muy complicado. Alguien dirá de usted que es americano

blanco y otros pueden opinar que es oriental; sus rasgos no están demasiado claros.

—Es cierto, no están claros porque tampoco está claro mi nacimiento y eso es algo que no me importa. Soy ciudadano del mundo y no me gusta llevar el tarjetón de pedigree en el collar, como un perrito de lujo.

—Por favor, discúlpeme si le he ofendido en algo.

—Usted no podría ofenderme jamás, madame Miangsho, su boca es demasiado dulce para que salgan por ella palabras amargas.

Madame Miangsho dio tres palmadas con sus manos finas y largas. El *maître* chino se acercó rápidamente y la propietaria le habló en cantones. Después, el *maître* saludó con la cabeza y se alejó.

—Son ustedes invitados de esta humilde casa. Les suplico que me avergüencen por mi falta de hospitalidad en cuanto sientan que algo les molesta.

— Madame Miangsho… —saludó, muy ceremonioso, un hombre vestido de blanco que se íes había acercado.

Era un inglés puro, alto y delgado, vestido con el uniforme de la British Royal Navy.

—Bien venido a esta humilde casa, capitán. Le presento a mis invitados… —Hizo las presentaciones de rigor—. Le ruego que se quede a cenar con nosotros.

Varios camareros se apresuraron a engrandecer la mesa, preparándola después con pulcritud y exquisitez.

—¿Un cigarrillo, señor Savage? —le ofreció el marino inglés que operaba en los servicios de guardacostas de la colonia de Hong-Kong.

—No, gracias, no fumo.

CAPÍTULO IV

—Es sorprendente, Savage.

—¿Sorprendente, el qué? —respondió a la pregunta de Kiss, mientras se dirigía al área de aparcamientos.

Aquella zona estaba bastante oscura, pese a algunas farolas de neón, pues estaban rotas y posiblemente desde hacía poco tiempo, ya que pudieron pisar cristales en el suelo.

—El que yo sea de Hong-Kong y seas tú quien me presente un Hong-Kong nocturno desconocido para mí. He pasado una velada magnífica, esa gente es muy refinada, aunque madame Miangsho, con su acento francés, me parece demasiado… demasiado…

—Vamos, no irás a tener celos de ella, ¿verdad?

—¿Celos? ¡Bah, sería una tontería! Madame Miangsho se cree algo así como una reina oriental, y las reinas, por estas latitudes, están *démodée*. Sólo queda la reina de Inglaterra en esta parte del mundo y siempre que quieran que continúe así los del otro lado del Telón de Bambú, porque cuando ellos digan basta, se acabó.

—Sí, claro. Referente a los personajes del *Shaolin* Restaurant, me parecen todos muy singulares. Por supuesto, no son sujetos vulgares, especialmente el monje que no ha querido venir a nuestra mesa.

—No puedes quejarte, si buscabas algo has tenido a la mismísima propietaria del local en tu mesa. ¿Es lo que pretendías?

— No lo sé.

—Pero ¿qué es lo que realmente buscas?

—Lo siento, Kiss, pero por ahora es mejor que lo ignores. Habrá tiempo para todo.

—¡Hum! No confías en mí, ¿verdad?

—Ahí está tu «Datsun».

—Un momento, Savage…

Le miró a los ojos. Se hallaban, detenidos muy cerca el uno del otro, ya junto al coche de fabricación japonesa. La luz era escasa, pues sólo llegaba hasta ellos la que irradiaban lámparas lejanas.

—Tú buscas algo peligroso, ¿verdad?

—Haces muchas preguntas.

—No puedo remediarlo, soy la hija de un detective privado, aunque sea la primera en admitir que mi padre no es el clásico investigador que se mete en aventuras, sino que es del tipo burocrático, un ratón que come guías, referencias, legajos.

—Hong-Kong no está para que los investigadores privados se muevan a lo Clark Gable; es demasiado peligroso y hay mucha corrupción a todos los niveles. Puedes estarte quejando de algo a alguien que precisamente es el que controla lo que te han hecho. Hay gente importante sana y honesta, pero también hay mucho hampón refugiado aquí. Hong-Kong es una plataforma de salida de Asia que se utiliza para todo, especialmente para los negocios sucios y resulta suicida investigar según qué asuntos. Con ello no quiero decir que tu padre no sea valiente, soy amigo suyo y le estimo en lo que vale.

—En cambio, tú sí estás investigando algo, algo que puede ser muy peligroso y que no quieres que yo sepa para que no corra riesgos, ¿verdad?

—Podría ser. ¿Sabes? Tienes alma de investigadora, pero ándate con cuidado, aunque seas hija de Hong-Kong. La sorpresa, y no siempre agradable, puede saltar en cualquier momento.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Kiss le miró entre burlona e irónica, mas él musitó:

—No te muevas.

—¿Es tu especialidad besar a las chicas sin que ellas se muevan?

—No te muevas, te digo.

«¡*Kiaiiii*!»

El *kiai* fue silencioso, mas Kiss notó su fuerza dentro de sus sentidos, sin saber cómo había ocurrido. Se sintió aturdida, los oídos le zumbaron y Savage había desaparecido de su lado a la misma velocidad con que podía saltar un leopardo en busca de su presa.

Cuando consiguió ver lo que ocurría, Moses P. Savage lanzaba ates a su alrededor.

Luchaba con el arte del Tae Kwon Do con una dureza terrible.

Sorprendida, Kiss vio las sombras atacantes acosando a Savage. Los cuchillos brillaban en la semioscuridad del aparcamiento y Savage saltaba por encima del motor de uno de los coches, disparando pies y manos contra sus enemigos, procurando mantener distancias para que no le ensartaran con las navajas automáticas.

Se podían oír golpes secos, crujidos y gruñidos de dolor. Cuerpos que caían y automóviles que acusaban el golpe de cuerpos humanos que chocaban contra sus planchas.

Kiss tuvo la impresión de que había alguien detrás de ella.

Se volvió, descubriendo a un oriental vestido de oscuro con jersey cerrado al cuello. Tenía todo el aspecto de un pirata del mar de China. Su faz era asesina y tenía un puñal de larga hoja en la mano.

—¡Savage! —gritó aterrada, dando un paso hacia atrás.

Aquel asesino fue hacia ella.

Savage, que había oído su llamada de auxilio, saltó al techo de otro coche. Desde lo alto del automóvil se lanzó en oblicuo, volando

materialmente con los pies por delante. Alcanzó al asesino que quería atacar a Kiss con su enorme cuchillo.

Se escuchó un fuerte chasquido. M, P. Savage se revolvió en el aire y cayó medio encogido, reponiéndose rápidamente. Por su parte, Kiss vio al chino que había quedado tendido en el suelo, medio metido debajo de uno de los coches.

—Tranquila, Kiss, tranquila, los otros huyen.

—¡Savage, ese hombre parece muerto!

— Hay que marcharse de aquí en seguida, no quiero que nos veamos envueltos en problemas.

Subieron al «Datsun». Savage se puso al volante, dio al contacto y todavía con la portezuela abierta, pisó el embrague y metió la primera marcha haciendo arrancar al coupé, que con los faros apagados, salió entre los otros coches. Sólo cuando se introdujo en el vial los encendió. La puerta se cerró al tomar la curva y se alejaron del muelle.

—¿Quiénes eran, Savage?

—Eran varios; no sé si cuatro o cinco. Se han ido calientes, no me extrañaría que más de uno tuviera que recurrir al yeso para sujetar algún hueso roto.

—El que ha quedado bajo aquel coche parecía muerto.

—Es posible que lo esté. Parecen salteadores de muelles, pueden ser marineros o estibadores. En Hong-Kong se refugian muchos piratas del mar de China. Si aquí los trataran con la misma dureza que emplean los chinos continentales, se terminaría esa plaga secular, pero también podrían ser.

—¿Qué?

—Olvídalo.

—¿Qué? —insistió ella.

—Kiss, esas personas que nos han atendido tan exquisita y refinadamente, pueden no ser lo que parecen, aunque preferiría equivocarme y que los que nos esperaban en el aparcamiento fueran simples salteadores de muelles que buscaban algo de dinero para pagar su droga habitual. No hay que olvidar que un gran tanto por ciento de la gente que vive y trabaja en los muelles de Hong-Kong son drogadictos. Aquí hay un emporio de riqueza, es verdad, pero también hay un submundo muy importante de millones de seres que se mueven como hormigas en su nido, unos encima de otros, porque no hay espacio material para separar un cuerpo del otro.

Kiss comprendió que Savage no le revelaría lo que andaba buscando. Habían sido atacados y la muchacha sabía ya muy bien que Savage era un hombre que sabía zafarse de sus atacantes; pero de no haber sido él quien la acompañara, habrían sido asesinados ambos posiblemente.

Savage se había movido como un ser carente de gravedad. Volaba y disparaba pies y manos en todas direcciones, semejaba tener más de un par de ojos y después de la refriega donde había hecho daño a sus atacantes, él no había sufrido un solo rasguño.

Eran burdos asesinos de muelles, atacaban de una forma brutal, sin inteligencia, y era obvio que Moses P. Savage tenía arte en la defensa personal. Cada uno de sus ates, era un golpe preciso y contundente.

Kiss se retrepó en el asiento dejándose llevar y Savage condujo el «Datsun» coupé 120. Y, hasta el parking de les apartamentos en que vivía la joven.

—Para ser mi primer día en este viaje a Hong-Kong, creo que es suficiente —opinó Savage.

Subieron al apartamento. Kiss Oklaya Fletcher buscó la llave en su bolsito y trató de abrir la puerta, pero estaba tan nerviosa que el llavín se le cayó al suelo. M. P. Savage lo recogió, abriendo él la puerta.

Poco después quedaban aislados del mundo en aquella célula de cemento y cristal confortablemente amueblada y decorada, de espacios reducidos, ya que sólo una fortuna muy cuantiosa permitía en Hong-Kong poseer más de sesenta metros cuadrados de vivienda debido al elevadísimo precio del suelo en la colonia británica en China.

—Tan bien que habíamos pasado la velada y esos asesinos me han puesto muy nerviosa. ¿Te importa que me vaya al baño y luego a acostar?

—Por supuesto que no. Yo me acomodaré en el sofá, tal como hemos acordado.

—Gracias, Savage. Ahora me tomaré una copa.

—No.

—¿No, qué?

—No te tomes una copa, un trago no soluciona nada. No hay que encontrar las soluciones en el alcohol y mucho menos la tranquilidad de uno mismo.

—Entonces, ¿cómo te tranquilizas tú?

—Suponiendo que me hubiera puesto nervioso, con una concentración de la técnica yoga.

—Yo no sé yoga y no voy a aprender en unos minutos.

—Si quieres, te enseño alguna postura básica. Un largo camino siempre empieza con un primer paso.

—Proverbio chino... Gracias, Savage, pero no tengo ganas de dar ahora ese primer paso, no sería capaz de concentrarme en nada.

Savage la vio marcharse hacia el baño y él se preparó el sofá.

Sacó su pijama de color violeta-morado igual que su *judogi* de

lucha-exhibición y adoptó la postura de Vajrasana, de rodillas y con las manos unidas sobre la cabeza con las puntas de los dedos hacia arriba. Así limpió su mente de parásitos psíquicos.

Cuando se levantó, había transcurrido un tiempo considerable.

Kiss se había bañado y acostado. La puerta de su dormitorio estaba ligeramente entreabierta... Savage escuchó ligeros ruidos, ruidos que para otros oídos que no fueran los suyos habrían pasado desapercibidos.

Descalzo, tocando el suelo, formando una unión con la tierra, aunque allí estuviera en un edificio de apartamentos, era como mejor se sentía. Caminar descalzo sobre la tierra suelta de un arroyo producía sensaciones de ser y estar; así, desplazándose sobre el suelo de parquet, se introdujo en la habitación donde sólo entraba la luz que había en la salita, pero era fácil ver en el interior de la estancia.

Kiss estaba en la cama y daba vueltas, incapaz de contener sus nervios y dormir.

—¿Me permites que te ayude? —le preguntó.

Kiss abrió sus grandes ojos azul-violeta y miró al hombre.

—No, por favor, me gustas mucho, pero ahora..., ahora no.

—No es lo que tú estás pensando, simplemente quiero ayudarte a dormir. Después de todo, yo te he metido en problemas y ahora deseo que duermas a pierna suelta, como vulgarmente se dice.

—¿Qué clase de pastillas traes?

—Ninguna.

—¿Entonces?

—¿Me dejas hacer?

A la pregunta que le hizo el hombre, sonriendo amistosamente, Kiss asintió con la cabeza, pero inquirió:

—¿Qué me vas a hacer?

—Relájate, deja que tus músculos no sean cables tensos que puedan romperse de un momento a otro.

—Ya está.

—No está, hasta tienes tensos los músculos del rostro, date la vuelta.

—¿Cómo?

—Ponte boca abajo, relájate y confía en mí.

—De acuerdo, quedo en tus manos.

Kiss, la euroasiática, se volvió, Savage se sentó en la cama cerca de ella.

Tomó la sábana y la colcha con su mano y haló de la ropa hacia los pies. Kiss se había acostado sin camisón, sin más prenda encima que su reloj japonés; no se lo quitaba nunca de la muñeca, entre otras cosas porque era automático, resistía los golpes y aguantaba la inmersión en agua hasta veinticinco metros de profundidad.

Kiss no protestó porque Savage la descubriera, retirando la ropa que dejó caída sobre la parte alta de sus piernas.

—Relájate, relájate —pidió Savage, con voz susurrante.

Las manos del hombre se posaron sobre la espalda femenina y comenzaron a aplicarle un masaje muy especial. Era relajante y al propio tiempo, Kiss notaba como unas agradabilísimas corrientes eléctricas en sus nervios. Era algo desconocido y muy grato; cerró los ojos mientras dejaba escapar suspiros de placer y en ocasiones se encogía de gusto, pero no para apartarse de las manos masculinas, sino porque no podía evitarlo.

Dejó de pensar y sus músculos se relajaron por completo.

Con los ojos cerrados, comenzó a ver colores en su mente, colores que en principio fueron intensos, rojos, verdes... Luego, los colores se suavizaron y su respiración se hizo profunda, quedando totalmente dormida.

Moses P. Savage, cuando Kiss estuvo dormida, la volvió a cubrir con la ropa y pasó a la salita.

Se sentó junto al teléfono, descolgó el auricular y comenzó a marcar unas cifras.

CAPÍTULO V

El taxista se detuvo en los muelles de los sampanes. Giró la cabeza y dijo:

—Son cuarenta dólares.

Juanito Chancleta abrió su cartera y respondió:

—Le pagaré en dólares americanos.

—Entonces, son siete dólares.

—Eso será con la propina incluida —gruñó Juanito Chancleta.

El taxista, que había dado la tarifa en dólares hongkoneses, viendo la corpulencia y elevada estatura del japonés Ricky, no quiso discutir el precio como hubiera hecho con otro turista.

El automóvil se balanceó mucho cuando Ricky se apeó y cargado con la maleta que, siendo voluminosa no lo parecía en su mano, caminó junto al puertorriqueño.

Había poca luz en el área portuaria de la isla de Hong-Kong. Pese a ello, pululaba bastante gente por la zona. En aquel lugar, separándose de la tierra, se encontraba uno con una ciudad flotante, pues los sampanes estaban a miles.

Brillaban las puntas encendidas de los cigarrillos de las rameruelas, muy abundantes en aquel sector; rameruelas que ejercían la profesión más vieja del mundo sin preocupaciones de conciencia, pues para ellas, aquella forma de ganar unos dólares honkoneses era tan normal como cualquier otra; por ello, chupaban con verdadera fruición sus pitillos y las puntas encendidas eran un reclamo para los hombres.

Algunos chicos acosaron a Juanito Chancleta y a Ricky para que visitaran a sus representadas. Eran pequeños emisarios que parloteaban con voces chillonas, todavía no hechas, pregonando bellezas y placeres.

Ellos siguieron su camino hasta encontrar a una determinada chinita que les aguardaba con una linterna roja que enviaba intermitencias de luz.

Cubría su cabeza con un sombrero cónico negro y saludó con inclinaciones a los dos hombres que tanto contrastaban entre sí; cincuenta kilos pesaba Chancleta contra los ciento ochenta de Ricky.

No había más parecido físico entre ambos que el de poseer piernas, brazos, tronco y cabeza; sin embargo, los dos eran *budokas* y compañeros de Moses P. Savage, el hombre que se jugaba la vida

denunciando los más horribles actos y villanías que el hombre cometía contra el hombre, y todo lo que ganaba lo invertía en Liberty Garden.

—Seguidme —les dijo la chinita, todavía más pequeña que Juanito Chancleta.

Subieron a una pasarela que se introducía en las aguas. A ambos lados de la misma, adheridos como mejillones a una tabla, estaban los sampanes que tenían vida propia.

En muchos de ellos se podían ver pescados colgados para que se secaran al natural. Los sampanes más ricos, porque su propietaria ejercía mucha atracción entre los turistas varones, tenía colgados, como signo externo de riqueza, patos secos, patos tan planos como si Ricky hubiera estado saltando sobre ellos hasta dejarlos totalmente aplastados.

A aquella hora, los que tenían pollitos y gallinas sueltos por la pequeña embarcación que constituía vivienda, lugar de trabajo y granja, se hallaban recogidos en sus cajones, a la espera de un nuevo día mientras el ama y su emisario se afanaban en su mísera tarea, que a ellas no les parecía tan mísera como pudiera verla un occidental que en su lejano país vivía confortablemente, pensando en qué cambiaría primero, si el modelo de automóvil o el televisor a color porque alguna marca nueva había surgido en el mercado con mucho aparato de propaganda.

— Ese es el sampán —indicó la chinita.

Subieron a bordo de la pequeña embarcación, que era algo más grande que sus hermanas. Muchos de aquellos sampanes flotaban, mas eran incapaces de navegar por las aguas tranquilas pero sucias y oleosas, pútridas y sin vida en aquel lugar. La superpoblación flotante había matado la fauna subacuática.

Cuando Ricky subió a la embarcación, ésta se balanceó peligrosamente, pero al adelantarse hacia el interior cubierto donde estaba la litera de la chinita, volvió a recuperar la estabilidad.

A la luz que brindaba un pequeño farol de petróleo, un perrito miró a Ricky entre enfadado y suspicaz. Era un pekinés, pero parecía bastardo, posiblemente cruzado con un chihuahua mexicano o un caniche toi francés.

Ricky sonrió al animal, pero éste no correspondió a su sonrisa. Ricky tendió la mano y dijo en voz baja:

—Sube...

El perrito abrió las mandíbulas y trató de morder un dedo de Ricky. Mas debió parecerle demasiado enorme porque no le hundió sus colmillos y optó por abandonar su actitud de recelo, subiendo a la mano del japonés. Semejaba totalmente un perrito de peluche.

—¿Somos amigos?

Entre Juanito Chancleta y la chinita desamarraron el sampán y

utilizando una pértiga se desplazaron silenciosamente por entre aquellas callejuelas acuáticas que se abrían entre hileras de sampanes.

Cualquiera podía perderse en la ciudad de pequeñas embarcaciones flotantes que tenían que soportar los tifones, pero por más duros que fueran los ataques de los elementos, siempre aparecían allí con sus gentes, especialmente sus chinitas dispuestas a seguir viviendo.

Condujeron el sampán durante casi media hora, apartándose de las otras embarcaciones.

Ricky había apagado el farol y tenían a la vista un junco amarrado al muelle. Era un junco demasiado grande, incapaz de navegar, un junco falso construido para servir pitanzas chinas y no para enfrentarse orgullosamente contra las aguas del mar de China. Aquél era el *Shaolin* Restaurant.

El sampán desaparecía entre la negrura de las aguas. Era difícil descubrirlo y muchísimo menos a Juanito Chancleta cuando se hubo colocado el traje de neopreno y enmascarado el rostro con grasa.

Ricky le ayudó a colocarse a la espalda las botellas de aire comprimido pintadas de negro. Nada del equipo despedía destellos o blancura. Los metales estaban todos pintados en negro mate.

El pequeño puertorriqueño se colocó delante del pecho un aparato bien protegido dentro de una bolsa de plástico, y después, dando un golpe de riñón silencioso, se sumergió en las aguas junto al sampán.

—¿Se ahogará? —preguntó la chinita.

—No creo —respondió Ricky con el perrito, ahora sobre su hombro.

Este dio un ladrido hacia el agua al ver que Chancleta no volvía a aparecer.

—Calla, calla —pidió la fémina al can.

Y le metió en la boca un pedazo de pescado seco que el pequeño perro no tuvo más remedio que mascar con gruñidos de protesta por no poder expresar su opinión a voz en grito.

Debajo del agua no se veía nada.

El *budoka* puertorriqueño sacó la cabeza a la superficie y buscó con la mirada a través de las gafas submarinas. Orientado, nadó a ras de superficie y se acercó al junco sin ser visto.

Juanito Chancleta portaba varios artilugios consigo.

Descendió pegado al casco de madera y fue aplicando una especie de estetoscopio que llevaba conectado a las orejas, aunque apenas oía. Sin embargo, fue tanteando en el casco hasta encontrar un lugar donde el ruido semejaba voces humanas, aunque había que estar entrenado para darse cuenta de ello.

Entonces, Juanito Chancleta pegó al casco un micrófono-ventosa

subacuático, unido por un cable al magnetófono encerrado dentro de la bolsa de plástico y colgado de su pecho. Pulsó las teclas de grabación a través del plástico y el magnetófono se puso en marcha.

Después, pasó a otros puntos del falso junco, haciendo diversas grabaciones.

Descendió hasta la quilla y cuando iba a rebasarla para salir por el lado opuesto, comprobó que el junco descansaba contra el mismísimo fondo, como si sus constructores hubieran calculado meticulosamente la profundidad que allí alcanzaba el muelle para que no tuviera problemas de flotabilidad, ya que descansaba directamente sobre el fondo. La base parecía bastante ancha, y por la parte de popa, se pegaba a la pared del muelle.

Le sorprendió todo aquello; había creído que era una embarcación habilitada como restaurante y de embarcación sólo tenía el aspecto.

Ascendió hacia la superficie. Cuando llegaba arriba, le cayó un cubo de basura encima y volvió a hundirse, prefiriendo regresar al sampán nadando bajo el agua.

* * *

El inglés alto, con escaso cabello sobre el cráneo y las sienes plateadas, con un pequeño bigote también gris, abrió lentamente la puerta del apartamento.

Sus ojos, cargados de experiencias vividas, unos ojos preocupados y algo sombríos, miraron hacia el sofá. No había nadie.

Junto al sofá descubrió una maleta de cuero beige. Cerró con cuidado y se acercó a la maleta. En ella, un anagrama: M. P. S.

Se acercó a la alcoba de Kiss despacio, tomó el pomo de la puerta y la abrió.

—¿Savage? —runruneó la voz femenina.

—¡Kiss!

—¡Papá!

La joven dio un salto en la cama. Tomó una bata y se vistió con ella para acercarse a su padre, que no ofrecía un aspecto muy alegre.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Tú le has llamado.

—¿Te refieres a Savage?

—¿A quién si no? No estará tu apartamento tan concurrido como si fuera Piccadilli Circus, ¿verdad?

—¿Qué te ocurre, papá? Traes muy mal humor. —Kiss pasó al saloncito por delante de" su padre y exclamó—: Pues no está.

—¿Es que no lo sabías?

—No, se quedó en el sofá para dormir.

—¿En el sofá, exactamente?

—Vamos, vamos, papá, ¿qué estás pensando?

—Está bien, te creo. Tú vives independiente y eres dueña de ti misma, de tu persona, no debo inmiscuirme en tu vida; tampoco sería lo más justo cuando te he tenido largo tiempo apartada de mí por temor a ser señalado.

—Olvídalo, al final me reconociste, ¿no? Pues no seas masoquista torturándote más.

Billy Fletcher se sentó en el sofá y miró a su hija. Parecía muy fatigado.

—Kiss, olvida a ese hombre, no vuelvas a salir con él.

—Si él dice que sois amigos...

—Bueno, somos amigos, pero no quiero que salgas con él.

—¿Por qué?

—Pues por... En fin, déjalo, yo sé por qué lo digo. Tú eres mi hija y, además, mi secretaria.

—¿Y eso qué importa?

—Pues que tenemos mucho trabajo en la oficina y Savage ya sabe desenvolverse solo con sus asuntos

—Pero, papá, si en la oficina el trabajo es tedioso y aburrido, sólo tomar datos y más datos... Es más una labor de burocracia, de ratón de biblioteca. Quienes encargan esos trabajos podrán hacerlos simplemente empleando a cualquier secretaria.

—Sea lo que fuere, es mi oficina, mi trabajo y yo decido qué es lo bueno o lo malo.

—¿Acaso has hablado ya con Savage?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás en su contra?

—Yo no estoy en contra de nadie.

—Papá, me estás engañando, lo noto —le dijo, arrodillándose en el sofá como si fuera una niña.

—Esto no es un juego, Kiss.

—¿El qué no es un juego?

—Conozco a Savage y siempre anda metido en líos muy peligrosos. No es muy sano acompañarlo adonde quiera que vaya, créeme.

—Tengo que admitir que es cierto. Unos chinos del puerto, marinos o estibadores, nos atacaron en un aparcamiento.

—¿Ves como te digo la verdad?

—Pero Savage supo librarse de ellos. Vimos a un monje pelear en un escenario, era algo prodigioso, pero luego vi a Savage en la vida real rechazando a varios atacantes armados con cuchillos y me quedé sorprendida. Otro hombre hubiera sido acuchillado sin remedio. Me puse muy nerviosa y asustada, pero él conservó la caima en todo

momento, pese a que luchaba contra asesinos.

—No siempre tendrá la misma suerte.

—Papá, no es suerte; es que es excepcional luchando con la técnica del karate volador.

—Lo sé, lo sé, es cinturón negro y no sé cuántos Dan tiene, pero algún día se va a topar con otro que sepa artes marciales como él y no será tan fácil librarse de un peligro.

—Eres muy agorero. Savage es un hombre impresionante; junto a él, una se sorprende a cada instante. De él emana un extraordinario magnetismo que atrae a las personas y, por otra parte, inspira una gran seguridad. Es como si estuviera totalmente compensado dentro de él, no sé cómo explicarlo, pero nunca he conocido a otro hombre como él.

—Ni tu padre, claro.

—Es diferente, no os parecéis en nada.

—Claro, y yo salgo perdiendo en todos los aspectos. —Se puso en pie, molesto, zafándose de las manos de su hija—. No le volverás a ver.

—¿Por qué?

—Porque es mejor para todos. No quiero que en su investigación arriesgué tu vida.

—El no haría eso. La vida de todos corre peligro a cada instante. El edificio se puede quemar, puede haber un terremoto o al salir a la calle te ves atropellado por un coche conducido por un alcohólico o resbalas estúpidamente y te partes la cabeza contra el bordillo de la acera.

—No será necesario que le digas tú que no vuelva, ya se lo diré yo mismo.

—Dime por qué no quieres que le vea.

—Es muy peligroso y eso ha de bastarte. Ahora dime, ¿qué habéis averiguado?

—En concreto, nada. Yo hice unas fotografías disimuladamente.

—¿Dónde?

—En el *Shaolin* Restaurant.

—¿Dónde tienes la cámara?

—En el bolso; ya sabes, cogí la polvera.

El inglés se apresuró a buscar en el bolso y sacó la polvera, unos milímetros más ancha de lo normal. Se cargaba con una película tan estrecha como una cinta magnética para cassettes y el objetivo se hallaba en la unión de las dos circunferencias.

Quien manejaba aquella oculta máquina de fotografiar mientras se empolvaba ligeramente, dirigía el objetivo hacia donde le interesaba e iba tomando las fotografías.

—¡No está! —gruñó Billy Fletcher, escrutando el interior de

aquella cámara camuflada.

—Pues estaba.

—Mientras dormías, Savage se ha llevado la película cuando fuiste tú quien tomó las fotografías, exponiéndote. ¿Crees que esto de la investigación es un juego de niños?

—No te alteres, papá, no es para tanto. Al fin y al cabo, esas fotos eran para él; si se las ha llevado es que podían interesarle No ha hecho ningún mal llevándose la película mientras yo dormía; creo que ha sido muy considerado.

—¡Por todos los demonios, Kiss, me haces perder mi flema! A ese Savage se lo perdonas todo, es más, le aplaudes.

—¿Qué te pasa, papá? No te conocía así.

Billy Fletcher se contuvo, respiró hondo y volvió a sentarse en el sofá.

—Kiss, tendré que hablarte claro.

—¿Sobre qué?

—No te hagas la tonta. Savage se está metiendo en muchos problemas y ya le han amenazado.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Ha sido por teléfono?

—No. Ha sido un desconocido; ya sabes que, pese a llevar mucho tiempo aquí, y como investigador privado, siempre me ha costado mucho distinguir a un chino de otro.

—Es que tú no eres el clásico investigador privado de los telefilmes.

—Aquí no se puede hacer investigación privada con facilidad, Kiss. Hay mucha gente importante que no desea ser molestada, ni ellos ni sus servidores. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Prefiero no entenderlo.

—Hay mucha corrupción a todos los niveles, no puedes fiarte de nadie y si das el patinazo, desapareces. Aquí se generan muchos negocios sucios y meten sus zarpas los sindicatos del crimen de las más variadas nacionalidades: drogas, tráfico humano, crimen masivo... Hay capitanes de barco, más o menos piratas, según se presenta la ocasión, que se ofrecen por fuertes sumas a trasladar a fugitivos, chinos o de otras nacionalidades, y cuando les conviene los asesinan y los arrojan al mar y los tiburones se encargan de esos desgraciados. Hay mucha suciedad en Hong-Kong, por eso mi oficina se dedica más a consultas comerciales que a esas aventuras que tanto gustan a Savage.

—Pero ¿qué te han dicho, papá?

—Que si queremos estar tranquilos nos apartemos de Savage. Te aseguro que ese chino hablaba en serio, eso sí lo noté.

—No será la primera amenaza que recibes en tu vida, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero no vamos a dejar que nos maten, Kiss:

—Es que yo no sé todavía lo que Savage está buscando.

—Yo tampoco. Si me han amenazado es que busca algo muy peligroso, algo que no quieren que se airee. Y prefiero no saberlo.

—Es lo que dice Savage.

—¿Qué es lo que dice Savage?

—Que es mejor que yo no lo sepa. El está investigando, me ha llevado a su lado y la verdad es que no me entero de nada. Es suave, acerado cuando quiere, de una cortesía exquisita y hermético cuando se lo propone. Sólo sé que está preparando un reportaje, pero por lo visto no quiere que nadie se entere de lo que está investigando hasta que lo lleve adonde deben publicarlo.

—Kiss, yo aprecio a Savage y le admiro, pero me saca de quicio pensar que te puedan hacer daño a ti.

—No temas, no me harán daño alguno.

—Ahora ya no, porque no verás más a Savage, yo me encargaré de ello. No va a arriesgar tu vida por obtener un reportaje de escándalo.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono, un timbre insistente y estridente. Padre e hija se quedaron mirando el aparato cuyo ruido semejó llenar todo el apartamento.

CAPÍTULO VI

Madame Miangsho permanecía pensativa ante su mesa escritorio lacada en rojo. De vez en cuando, observaba el teléfono, un modelo falsamente pasado de moda y que costaba el doble que otro normal.

El despacho de la china vietnamita no era muy grande, aunque sí acogedor.

Si adolecía de algo para un occidental era de falta de luz; sus lamparitas, con bombillas de escasa potencia, despedían luminosidades tenues y en distintos colores. Tenía una lámpara focal para escribir, pero se hallaba apagada.

El despacho, decorado y amueblado al estilo chino, tenía matices y mezclas de estilo francés suave, quizá algo barroco, lo que hacía que la estancia se viera algo sobrecargada.

Sonó el timbre del teléfono. No era estridente; parecía como si algún habilidoso artesano hubiera rebajado su potencia para que no molestara los tímpanos de madame Miangsho.

Pensativa, su rostro reflejaba mejor los años que podía tener, treinta y cinco, quizá cuarenta.

Descolgó el auricular, se lo llevó al oído, escuchó y dijo:

—Sigue, Choo.

Permaneció escuchando. Al final habló en cantonés unas pocas palabras, como una contraseña. Colgó el auricular, cerró sus párpados y quedó pensativa durante uno o dos minutos.

Más tarde, su mano cuidada, de uñas largas y de un tono ligeramente amarillento, apenas perceptible, abrió una caja alargada, tallada en finas maderas.

Extrajo una boquilla y escogió un cigarrillo de entre los que tenía en la caja, de distintos colores y con marcas diferentes. Lo colocó ceremoniosamente en el extremo de la boquilla y después tomó un fósforo inusitadamente largo, de madera muy escogida y aromática.

Lo raspó, se encendió la llama y esperó a que ésta fuera devorando parte del largo palito. Apartó la punta quemada y para que el fósforo quemado no transmitiera su mal olor al cigarrillo, sólo utilizó la llama del palito pare encenderlo.

Dejó el palito quemándose dentro del cenicero donde ya habían quedado las cenizas de la punta del fosforo que madame Miangsho había rechazado.

Se abstrajo mientras fumaba aquel pitillo que, por supuesto, no

era de simple tabaco. Era un cigarrillo de hierbas muy seleccionadas y desecadas, sumergidas después en aceites narcoafrodisíacos, cigarrillos especialmente confeccionados para una mujer tan sibarita como ella por un chino medio herbolario, medio boticario y medio médico, que vivía en Hong-Kong.

A medida que fumaba, iba cambiando el ritmo de la respiración de la mujer. Las aletas de su nariz se dilataban y los ojos se le semicerraron, semejando más pequeños, más almendrados.

Resultaba casi imposible imaginar lo que podía estar desfilando en aquellos momentos por la mente de aquella oriental de exigentes refinamientos. Sus pupilas habían quedado como fijas en un punto; sin embargo, estaba mirando dentro de sí, viviendo escenas que aquel cigarrillo compuesto de drogas le provocaba.

Los minutos habían ido pasando y sus pupilas cambiaron de posición cuando sonaron unos golpes tenues, pero secos, en la puerta del despacho.

—Pasa —dijo, con una voz más gangosa de lo habitual.

Sus labios estaban unidos en sus comisuras por unos hilos de saliva. Parecía como si aquel cigarrillo hubiera excitado sus mucosas, además de la mente, pero madame Miangsho no había perdido la conciencia. Se sabía dueña de sí misma; al parecer, podía apartar por propia voluntad las fantasías de su imaginación para mostrarse como era normalmente, aunque un poco al ralenti, como pasado a cámara lenta.

El monje abrió la puerta, quedando en su umbral. Se veía muy alto vestido de negro y con la cabeza rapada y afeitada.

—El capitán Warren viene a verla, madame Miangsho.

—Que pase, que pase, y tú no te vayas; te necesitaré.

El monje dibujó una sonrisa significativa de asentimiento y complacencia. Dejó la puerta abierta y se alejó, regresando al poco en compañía del capitán Warren, de la British Royal Navy.

El inglés, de pura raza anglosajona, muy cuidado en todos sus detalles, dijo:

—Madame Miangsho, entiendo que deseaba hablarme.

—Sí, capitán, tome asiento.

El capitán miró al monje que cerró la puerta, pero no se alejó, sino que se quedó en el despacho. Con la gorra de la marina real británica en su mano, Warren olfateó el aire.

—Huele a hierbas extrañas. ¿Se ha estado drogando?

—Capitán Warren, se ha burlado usted de mí.

—¿Cómo dice, madame? —preguntó, con expresión de sincera sorpresa.

—No se haga el tonto.

—Palabra que no la entiendo.

—Está bien —le dijo, siempre hablando muy despacio, alargando las palabras y sin levantar una sílaba más que otra — . He averiguado que es usted quien me estaba chantajeando.

—¿Cómo? ¿Chantajeándola yo? Usted me ofende, soy un caballero —le espetó muy digno, poniéndose en pie.

La china continuó sentada y le observó desde abajo, desde donde se encontraba su enigmática cabeza, quizá felina, como de gata sabia que sabe muy bien que el ratón nada va a poder contra sus afiladas garras. Y aquel ratón, al parecer, había cometido la torpeza de meter su cabeza altanera dentro de su despensa.

—Siéntese, no está usted en disposición de mostrar arrogancia.

—Creo, madame, que en este momento no está usted en óptimas condiciones. Un cigarrillo de esos que usted fuma pueden hacer ver las cosas diferentes de como son en realidad.

La mujer desvió su mirada hacia el monje y éste avanzó dos zancadas silenciosas por detrás del marino británico.

Separando los dedos corazón de ambas manos, trató de unirlos, pero haciendo que el cuello del marino quedara entre los dos. El doble *ippon*, seco y contundente, fue aplicado a arribos lados del cuello, en puntos muy específicos que el monje debía conocer perfectamente.

El capitán Warren abrió la boca y dejó sus ojos casi en blanco.

Quiso gritar, y ningún sonido escapó de su garganta.

El monje chino le aplicó un golpe con el canto de la mano sobre el hombro derecho, cerca del cuello, con el que consiguió que el marino se sentara.

—Cuando yo le pida algo, no se resista, capitán Warren. Ustedes, los bárbaros blancos, tendrán muchos barcos, muchos aviones, mucha arrogancia y técnica de destrucción, pero yo poseo la sabiduría de milenios. Cuando ustedes los blancos iban vestidos con pieles y vivían en cavernas, nosotros los chinos ya teníamos una civilización. Ha sido un estúpido queriendo chantajearme. Yo le pagaba bien por cada fugitivo seleccionado que me entregaba, fugitivos sin parientes, fugitivos que no sabían más idioma que el cantonés, hombres jóvenes, fuertes e inteligentes. Algunos de esos fugitivos del Telón de Bambú han sido excelentes para mis planes; otros también han sido aprovechados, digamos que como conejos de indias. Me ha defraudado usted, capitán. ¿Qué le ha sucedido? ¿No le pagaba bien por su trabajo?

—¡ No sé de qué me habla!

—¿Insiste en negar? Es usted tonto, capitán Warren. Es cierto que me ha sido muy útil; gracias a usted obtenía la documentación que necesitaba para mis hombres cuando viajaban al extranjero, documentos falseados pero verdaderos, expedidos por el gobierno británico de la colonia gracias a su intervención, capitán.

—Si tanto le he servido, ¿por qué se queja ahora, madame Miangsho?

—Sí, usted me ha facilitado las cosas, pero no se arrogue demasiados méritos, usted no ha sido el único en ayudarme. Antes que usted había otro y después habrá un tercero. Nadie es imprescindible para nada. Ya me están gestionando nuevas documentaciones falsas para mis hombres, de este modo los envío al país que los contrate, pero toda esa documentación muere en las mismísimas oficinas del gobierno de la colonia, porque detrás de esos papeles no hay nada, todo es falso, no hay pasado. Yo me encargo de que el pasado quede borrado de cada uno de los discípulos del monje. Ellos dejaron de ser lo que fueron para convertirse en hombres nuevos. No, capitán, usted ya no es imprescindible. Ha perdido mucho dinero con el juego. En Hong-Kong se juega mucho, los chinos somos muy aficionados, pero hay que saber cuándo se ha perdido lo suficiente para retirarse. Usted ha perdido los estribos como dirían en su país; ha contraído deudas que están por encima de su salario como caballero de la marina real británica, ha perdido por encima de lo que yo le venía pagando por sus servicios, que no era poco. Es malo acostumbrarse a una riqueza que no está bien cimentada, una riqueza que se diluye entre los dedos. No podía usted quejarse de lo que le pagaba y en libras esterlinas.

El capitán Warren comenzó a notar que la frente y las sienes le sudaban; sin embargo, se resistió a declararse vencido, a confesar que efectivamente era un chantajista, además de los otros delitos que había venido cometiendo desde su privilegiado puesto de capitán de guardacostas, moviendo sus influencias.

—Es cierto que he perdido dinero al juego, lo admito, pero eso es normal en el que juega. Lo que no puedo admitir de ninguna manera es que me acuse de chantajista y dígale al monje que no vuelva a ponerme las manos encima o...

—¿O qué, capitán Warren?

—No voy a consentir más esta situación; si ya no confía en mí, olvide que existo.

—Eso no puede ser, capitán Warren. Usted me chantajeó conservando el anonimato, yo no cedí y usted, que buscaba dinero de alguna forma, encontró quien le pagara por una información. Eso debió ocurrir en San Francisco, en Estados Unidos. Conocedor de las documentaciones que me proporcionaba, tras mucho esperar logró averiguar el rumbo que tomaban las documentaciones y constató que los vuelos se iban a San Francisco. Pensó en alguien que pudiera comprarle la información y se la vendió.

—¡Eso no es cierto, no puede demostrarlo!

—Tres hombres míos desaparecieron en San Francisco; el lugar que les servía de escala fue atacado, sí, atacado por Moses Pacific

Savage. ¿No le dice nada el nombre de Savage, el free-lance?

—Sé que cenamos con él.

—Celebro que no haya perdido la memoria del todo, capitán Warren; lo que me intriga es saber si le vendió la información a ese entrometido de Savage de forma anónima, o ambos ya se conocían.

—Está equivocada, madame Miangsho, equivocada, no puede pensar una cosa así de mí.

—Es muy triste esta situación, capitán. Yo había confiado en usted y me ha traicionado. Quiso sacarme más dinero de forma anónima, sin dar la cara, no sé si por miedo o por vergüenza. Como no le di el dinero que pedía, vendió la información a quien seguramente iba a comprarla. No me denunció a las autoridades porque temía ser acusado, a su vez. La verdad, no sé cómo esperaba escapar de todo esto cuando Savage lo pusiera al descubierto; es más, creo que usted ignora muchas cosas sobre mí y mi organización.

—Yo no quiero saber nada Le presté unos servicios de los que me avergüenzo, usted me pagó y eso es todo. Si hace falta, le devolveré hasta el último penique.

Madame Miangsho sonrió abierta y burlonamente. Reír, lo que podía llamarse reír, aquella mujer no lo había hecho jamás.

—Además, es usted tonto... En fin, ahora me acompañará.

—¿Adónde?

—¿Prefiere venir por su propio pie o que lo haga caminar el monje?

El capitán Warren era un hombre alto y delgado, se consideraba fuerte y capaz de desembarazarse a puñetazos de algún atacante, pero conocía al monje chino y a su técnica de Kung-Fu y no podía por menos que temerle.

—Está bien, pero acabemos pronto —dijo el capitán Warren, pareciéndole una salida airosa.

Madame Miangsho abandonó el despacho seguida por el capitán Warren. Cerraba la marcha el chino de aspecto maligno y temible, máxime para quienes le habían visto actuar. Varios hombres entrenados en las artes marciales no podían con él ni aun llevando bastones o armas blancas.

Descendieron por una escalera de caracol a la bodega del falso junco que servía de restaurante.

El capitán Warren sudaba, aunque no decía nada; se sabía en una situación peligrosísima, pero no podía escapar a ella.

Madame Miangsho caminaba delante de Warren, era un ser grácil que él podía romper con sus manos hasta descabezarla. Podía, si se lo proponía, pero el monje estaba detrás y al primer movimiento hostil que hiciera, aquel chino de mirada maligna saltaría sobre él y no tenía deseos de conocer sus caricias, pues de antemano se sabía

derrotado.

El británico se sentía avergonzado de sí mismo.

Madame Miangsho tenía razón, ya no era ningún caballero, pues de tal sólo tenía el uniforme que había deshonrado con sus actuaciones que le habían ido pagando. Luego, el juego y, finalmente, el chantaje. Mas no podía admitirlo, aún tenía esperanzas de que madame Miangsho albergara dudas. Si lo admitía, posiblemente lo mandaría asesinar y si algo le quedaba al capitán Warren, perdida ya la dignidad, era el pellejo.

Caminaban ya entre cajas, en la subbodega de aquel junco que carecía de motores; tampoco los necesitaba, pues no había sido construido para navegar.

Madame Miangsho movió un resorte existente en una de las columnas de sostén y una caja aparentemente muy pesada se movió, dejando al descubierto un hueco iluminado por el que pasaba una persona.

—No conocía esto. ¿Verdad, capitán Warren?

—Pues no.

—Es que usted estaba metido en un negocio que no conocía bien; lo malo es que ha aparecido Savage, y ese sí que es un hombre que parece saber demasiado. Síganos.

La mujer se introdujo por el túnel y tras ella avanzó el capitán Warren. Siempre cerrando la marcha, vigilando como un mastín, iba el monje chino.

—¿Adónde conduce este túnel? ¿No estamos bajo el agua?

—Es un viejo e inutilizado colector, que ya no se emplea como tal. Mandé hacerle unas reformas y ahora es una galería subacuática y subterránea que comunica mi junco restaurante con otro lugar al que nos dirigimos, Y no tema, aquí la policía jamás podría atraparme. Ese túnel sólo tiene dos salidas y no es fácil acceder a ellas —le dijo, con su acento francés.

La bella y enigmática china tenía un paso corto pero rápido y al capitán Warren le pareció que caminaban durante una eternidad.

De trecho en trecho, una bombilla iluminaba aquella galería desconocida para todos y que madame Miangsho utilizaba, habiéndose apoderado de un colector en desuso para sus fines particulares.

Warren siempre se había preguntado cuáles eran los negocios de aquella mujer oriental; había llegado a la conclusión de que debían ser drogas y que utilizaba a los hombres que él le proporcionaba para montar su red de distribución por todo el mundo, mas pronto se daría cuenta de que estaba equivocado, terroríficamente equivocado.

Llegaron por fin al extremo del largo túnel. Estaba cerrado, pero debieron de mover algún resorte sin que Warren se percatara de ello, porque se abrió la puerta.

Se introdujeron en una salita enmoquetada y confortable. La puerta se cerró tras ellos y cuando el británico volvió la cabeza, le resultó imposible identificar qué lugar exacto de la pared había actuado como puerta.

Allí había una mesa y también unas instalaciones para grabación; semejaba un estudio de radio. Estaba la cristalera, grande y alta, y delante una butaca. Madame Miangsho le pidió:

—Acérquese, capitán Warren, verá a los hombres que me proporcionaba cuando los capturaba huyendo de detrás del Telón de Bambú. Acérquese y podrá ver en qué se convierten.

Se aproximó a la gran cristalera con recelo, como temiendo ser visto. El monje que había permanecido callado, dijo:

—No tema, nadie le podrá ver.

—Ya, es un cristal especial.

—Así es, capitán Warren, un cristal especial. Nosotros podemos ver, pero ellos no; Incluso podemos oír sin ser escuchados.

El inglés descubrió a un grupo de chinos vestidos como monjes que miraban atentamente un encerado.

Allí había otro chino vestido como monje, pero si los alumnos vestían de color pardo, él que parecía el sifu[1], vestía de amarillo.

Mostraba en la pizarra una figura humana; también tenía varios maniquíes humanos de tamaño natural.

Aquel chino hablaba despacio mientras mostraba puntos del cuerpo humano.

Warren también pudo ver vitrinas de cristal repletas de extraños Instrumentos y botellas conteniendo líquidos de naturaleza indescifrable.

—¿Estudian?

—Sí asintió madame Miangsho.

—¿Qué es lo que estudian?

—Una ciencia muy antigua en China, una ciencia que muchos han tratado de copiar y consiguen buenos resultados, pero nadie ha podido Igualarla y mucho menos superarla.

—Pero ¿qué ciencia? —apremió, nervioso, el capitán Warren, ansioso por salir de allí.

—Estudian el milenario arte de la tortura.

—¿La tortura? ¿Acaso es esto una escuela de asesinos? —preguntó desconcertado, tragando saliva.

—SI lo que quiere llamar así, escuela de asesinos, puede hacerlo, pero es mejor decir que es la escuela del arte de la tortura. Hay muchos métodos que han evolucionado junto con la técnica que no debe ser desdeñada siempre que se consiga algo más efectivo.

—Pero no practicarán en serlo, ¿verdad?

—Naturalmente que sí, capitán Warren, es usted un Ingenuo.

Aquí, los que no sirven para discípulos son utilizados como material de experimentación y aprendizaje. En otras ocasiones, este material humano se termina y alguien desaparece de las calles del superpoblado y abigarrado Hong-Kong, sin que nadie lo note y sirve muy bien aquí. Sí, capitán Warren, yo exporto especialistas en tortura y le sorprendería saber que mis hombres me proporcionan excelentes beneficios. Son muchos de entre el turbio mundo del hampa internacional que necesitan sacar Información de sus víctimas o vengarse de ellas. Al principio creen que es fácil, porque todos los hombres son capaces de aplicar tortura a un semejante, pero pronto se dan cuenta de que no es tan sencillo, y que muchos interrogados mueren o se Idiotizan antes de facilitarles le Información que buscan, información que les permita capturar a sus enemigos mortales. Por ello, cuando reciben mi oferta, se lo piensan y acaban contratando a mis hombres, especialmente cuando saben que sólo hablan cantonés y jamás se enterarán de lo que los torturados confiesen, puesto que no entienden más idioma que el chino.

—Esto es escalofriante, madame Miangsho, jamás hubiera supuesto que estaba proporcionando discípulos con documentación falsa incluida para su escuela de especialistas en tortura china, que luego exporta.

—Ahora comprenderá por qué me es imprescindible tomar toda clase de precauciones, por qué no puedo consentir que nadie me amenace y menos me chantajee.

—Yo, yo... Se equivoca conmigo, madame Miangsho...

—Capitán Warren, usted me va a decir todo lo que ha hecho y lo que le ha explicado a Savage.

— ¡Si no le he dicho nada!

—Eso me lo contará desde el otro lado del cristal.

—¡Nooo!

—Sí.

El capitán Warren trató de huir, pero el monje le cogió la mano y le retorció el brazo. El inglés trató de golpearle con el puño, mas sólo encontró el aire y no la cabeza de aquel endiablado chino al que no había forma de vencer.

El monje le aplicó unos severos golpes que lo hicieron desplomarse. Luego le cogió por los dedos de la mano izquierda y le produjo un dolor intensísimo.

—Camine —ordenó el monje al inglés, que sentía como unos irresistibles pinchazos en el dedo y a lo largo de todo su brazo.

Madame Miangsho lo vio desaparecer por una puerta. No les siguió; ella se acomodó plácidamente en la butaca frente al cristal y aguardó.

No tardó en ver como colocaban una silla de tortura frente al

cristal y en ella, tras desnudarlo, sentaron a Warren, que gritaba desaforadamente, pero de forma inútil, porque nadie acudiría en su ayuda.

Warren veía ante sí un gran espejo que le reflejaba y contra el que gritaba hasta enronquecer.

Sabía que al otro lado del falso espejo estaba aquella china sádica y endemoniada.

Los maestros, ayudados por los discípulos, sujetaron al inglés con anchas correas que le impedían moverse.

El monje, que por las noches representaba su espectacular número en el escenario del *Shaolin* Restaurant, tomó una delgadísima aguja de plata de una de las vitrinas y mientras hablaba en cantonés, como explicando a aquellos alumnos una lección práctica, se acercó al brazo del inglés y clavó unos milímetros de la aguja que comenzó a mover en círculo, suavemente.

Warren quedó sorprendido ante aquel levísimo pinchazo, y se tranquilizó.

El monje chino seguía hablando mientras preparaba una aguja hipodérmica finísima; la introdujo en el líquido de una botella y cargó la jeringa estirando del émbolo.

Acercó la aguja al nudillo del dedo índice de Warren, clavándola. El inglés, que había mirado, horrorizado, la aguja, volvió a calmarse, pues ni siquiera había notado el pinchazo, lo cual no entendía muy bien.

—¿Qué se propone? —preguntó al monje.

El chino no le hizo caso y siguió inyectando líquido de la jeringuilla en los nudillos de los cinco dedos de la mano que estaba manipulando. Al fin, cuando hubo terminado, habló en inglés para que Warren le entendiera, pues los aprendices de torturadores profesionales no le podían entender; habían sido cuidadosamente seleccionados por él mismo.

—Capitán Warren, en principio le aplico una técnica de acupuntura para dormirle la mano entera. Aunque ahora le rompiera los dedos con un martillo, usted no notaría ningún dolor, tiene los dedos completamente anestesiados. Eso me ha permitido inyectarle en cada nudillo, cuidadosamente, un líquido cuya composición sería largo especificar. El caso es que dentro de poco —le quitó la aguja de acupuntura— su mano irá despertando y comenzará a notar dolor en los dedos, un dolor como el que no ha sentido jamás, se lo puedo asegurar. Como verá, procuramos que estos tratamientos no dejen huellas; es muy importante en la técnica de la tortura profesional y científica que no queden huellas, así nada se puede demostrar después. Nada de romper huesos ni de cortar, nada de heridas visibles. Hay muchas formas de aplicar tortura sin dejar rastro, ya lo irá

comprobando.

—¡No, no es posible que me hagan torturar a mí, no es posible!

—Usted hablará todo lo que se le pregunte, y si lo hace, le liberaremos del dolor. Como verá, el procedimiento es a la inversa; en vez de aplicarle más tortura, lo que le ofrecemos es anestesiarle el lugar afectado, si es tan amable de responder a lo que le preguntemos.

—¡Podré resistir sus endemoniados tormentos! —Y le escupió a la cara.

Con el dorso de la manga, el monje se limpió el rostro y sonrió fríamente.

El inglés, que ya no podía deshonrar su uniforme porque no lo llevaba puesto, miró su mano que en apariencia no tenía nada de particular.

Mas el efecto de la anestesia local aplicada con la técnica de la acupuntura china comenzó a desaparecer, y notó el dolor en sus dedos, un dolor que se fue haciendo más y más intenso a medida que la anestesia desaparecía.

Warren empezó a comprender que aquella escuela de torturadores profesionales que mantenía la diabólica madame Miangsho era tan efectiva como aterradora.

La mano torturada se crispó, asiendo el brazo de la silla al que estaba sujeto el brazo y el hombre occidental gritó cada vez más fuerte.

El crispamiento de la mano quedó también reflejado en el rostro que se desencajaba de dolor.

Trató de liberar su mano, fue inútil y el dolor era insoportable, no sólo para él, sino para cualquier ser humano.

Al otro lado del espejo, madame Miangsho sonreía enigmática.

CAPÍTULO VII

En el interior de la Spirit of *Samurai* se hallaban Ricky, Juanito Chancleta y el propio Moses Pacific Savage.

Acababan de escuchar la grabación magnetofónica subacuática que el puertorriqueño había obtenido aplicando un micrófono-ventosa al casco del junco chino *Shaolin* Restaurant.

La grabación tenía muchos ruidos y parásitos. En ocasiones, las voces Humanas habían sido claras y en otras confusas. Cualquier golpe, una mesa arrastrada sobre el piso, una caja que caía, eran ruidos que se habían transmitido con gran rapidez y nitidez por el casco de la falsa embarcación, una embarcación para turistas que querían ver el misterio de China sin cruzar el Telón de Bambú, y, como era lógico, se llevaban unas impresiones falsas de la realidad china, aunque ellos lo ignoraban y acabarían contando en sus respectivos países maravillas de China.

—¿Es válido? —preguntó el puertorriqueño.

—Suficiente —admitió Savage, rebobinando la cinta—. Era de suponer que es todo un personaje. No hay mejor tapadera que la de aparentar que no hay nada que ocultar. Un restaurante encubre una retorcida organización que exporta chinos para aplicar la tortura, allí donde haga falta. Ellos no se inmiscuían en el asunto, eran mercenarios del miedo. No entendían lo que gritaban sus víctimas, sólo sabían hablar y entendían el cantonés. Otros se encargaban de hacer las preguntas y anotar las respuestas. Ellos, con un código muy simple, obedecían a quienes les contrataban, aplicando más tortura o rebajando los dolores de la misma.

—¿Los denunciamos? —preguntó el puertorriqueño.

—No, no, no —objetó Ricky—. El re-re-reportaje.

—Ricky tiene razón, esto podría quedar más o menos tapado, ignoramos dónde empieza y dónde termina la corrupción; siempre puede verse gente implicada. En todas partes del mundo hay hombres que se supone defienden la ley y la justicia y aceptan el soborno. Si conseguimos descubrir este repugnante negocio, lo expondremos a la luz pública como siempre, a toda plana y en reportajes de televisión para que no tengan escapatoria y las autoridades se vean obligadas a intervenir con todo el peso y caiga quien caiga.

—¿Has podido entender lo que decían? —preguntó el puertorriqueño que no comprendía en absoluto el cantonés.

—Todo no, porque como es lógico, la grabación no podía ser perfecta en las condiciones en que se ha hecho, pero sí he entendido lo suficiente para saber que ese junco tiene mucho que ver con lo que andamos buscando.

—¿Y la unión del junco contra la pared? —inquirió Chancleta.

—Eso hay que averiguarlo todavía. Puede que sea una simple sujeción, pero no podemos estar seguros hasta comprobarlo. Habría que acudir al comisionado de saneamiento e higiene.

—¿Y qué hay que preguntar allí?

—Sí, si es un sumidero —dijo Ricky.

—Exacto, si es un sumidero. Podría ser que por debajo del agua, el junco estuviera pegado contra un colector por el que se pudiera pasar.

—Si fuera una cloaca, todas las heces y aguas negras verterían dentro del propio junco.

—Puede tratarse de una cloaca en desuso o un túnel construido ex profeso.

—¿Un túnel? ¿Y adonde conduciría?

—A algún lugar concreto, al lugar más importante.

—¿Por qué al más Importante? —preguntó el *budoka* puertorriqueño.

—El restaurante es sólo una tapadera; si los chinos adiestrados para ser convertidos en verdugos de la tortura no saben siquiera dónde están, quiere decir que se mueven y viven en un lugar donde no pueden detectar nada. El junco no es lo suficientemente grande como para tener a unos hombres encerrados durante uno, dos o tres años; quién sabe cuánto tardan en adquirir un completo adiestramiento para convertirse en sifu de la tortura. No, creo que la escuela de asesinos debe estar en otra parte, un lugar al que se puede llegar desde el junco. Madame Miangsho es la propietaria, ya no me cabe ninguna duda. Juanito, tendrías que realizar, con teleobjetivo, algunas filmaciones del junco y de la propia madame, pero sin exponerte.

—De acuerdo.

—Quiero que cuando el reportaje salga a la luz pública, esa mujer quede bien reflejada. Es curioso, pero creo que ni los propios torturadores que son exportados saben que quien maneja el negocio es una mujer, una mujer bellísima, altamente cultivada y astuta. Debe de tener algún sistema para ver y no ser vista para que nunca puedan Identificarla.

—SI… si la denunciamos… —dijo Ricky, observador—, ella lo negará… todo…

— Es cierto, y no habrá quien logre acusarla. Ella confía en pocos hombres, pero estoy seguro de que entre éstos se encuentra el monje.

—Un sujeto extremadamente peligroso, ¿verdad? —preguntó Chancleta.

—Sí. He estado haciendo averiguaciones sobre él, y, por lo visto, procede del mismísimo templo de *Shaolin*, donde aprendió algunas técnicas en las que es un verdadero Sifu. Sabe aplicar el Zu Kempo de maravilla, ninguna de las artes del Kung-Fu le son desconocidas, pero fue expulsado de *Shaolin*. Era un ser de espíritu negativo y no positivo. Desde entonces ha estado en Tailandia, Formosa, Corea, Vietnam, Laos, El Tíbet y en todas partes ha aprendido no sólo a defenderse y a atacar, sino muchos otros poderes capaces de someter al prójimo. El y madame Miangsho debieron conocerse en alguna parte del mundo y con viejos manuales de tortura montaron su escuela de asesinos, enviando al mundo los mercenarios del miedo, profesionales de la tortura, al parecer muy caros, pero terriblemente efectivos. Determinados hampones de determinados países, que no son pocos desgraciadamente, han leído con detenimiento la propaganda que les envían sobre estos chinos maestros de la tortura como un médico se lee la publicidad que recibe de los laboratorios farmacéuticos. Tras algunos fracasos propios deciden probar invirtiendo algún dinero en estos mercenarios y pronto comprueban que son terroríficamente efectivos, pues nadie con tanta sangre fría y técnica para aplicar la tortura como ellos. No se inmutan ante el dolor ajeno y no se dejan arrastrar por la cólera ni la Ira que les podría cegar en su trabajo. No, ellos lo hacen todo, fría y calculadamente, según las técnicas aprendidas.

—¿Y cómo podrás demostrar que es madame Miangsho la que produce esos mercenarios del miedo, si es que logramos descubrir algo más de lo que ya sabemos?

—Hay que demostrarlo —dijo Ricky, categórico.

—Sí, hay que demostrarlo y eso ha de ser sin que ella pueda rebatirlo. Ya sabemos que las grabaciones magnetofónicas y tampoco las filmaciones o las fotografías constituyen pruebas determinantes en ningún proceso, debido a que este material se puede trucar; sin embargo, denunciando los hechos a través de la opinión pública, otros se encargarán de buscar las pruebas para procesar y sentenciar; ésa no es nuestra tarea. La misión de unos reporteros es encontrar la noticia y denunciarla; luego, que cada Gobierno, que cada legislación, tome sus medidas. No creo que una vez denunciado el hecho continúen con el mismo negocio. De todos modos, es siempre un riesgo que corremos. Nosotros no somos la ley, sino el dedo que se mete en la llaga para que los gritos se oigan en todo el mundo.

—Y si llegamos a encontrar los archivos —observó Chancleta—, se podrá denunciar también quienes han contratado a los mercenarios del miedo.

—Exacto, y pese a que luego todos lo nieguen, aunque nunca se puede llegar a prever cuáles serán las consecuencias totales de un affaire de esta envergadura, hay que denunciarlo a voces, a toda plana, a toda radio, a toda televisión en los informativos de máxima garantía y honestidad.

—Por eso, la secta del Dragón Bicéfalo tomó el encargo de destruirte, Savage.

—Pero no sólo a mí, sino a todo lo que significamos nosotros, los *budokas* justicieros. Ellos ansían arrasar Liberty Garden porque quienes pagan a esa secta de sicarios son la flor y nata de este mundo, que equivale a decir lo más podrido de la Tierra. Quieren seguir manteniendo su poder y su mando, aunque a los ojos de la humanidad pretendan aparecer como patriarcas benévolos, tolerantes y complacientes. Gastan una parte del dinero que han robado al prójimo en propaganda dirigida en este sentido. Quieren que esto les sirva para ser tratados con veneración y respeto en la ancianidad y en el momento de su muerte sus epitafios puedan ser apologéticos. Por eso nos temen a nosotros, a los que deseamos un mundo más limpio y más justo. Saben que somos peligrosos, por eso invierten dinero para destruimos, dinero que, al parecer, recoge esa secta del Dragón Bicéfalo.

—No, no, no lo conseguirán —espetó Ricky.

— ¡Claro que no, nosotros lucharemos por ello! Ese es el motivo principal para que Liberty Garden siga siendo un secreto y que nadie pueda saber dónde se ubica. Sería demasiado fácil provocar un falso accidente junto a Liberty Garden y cualquier gas tóxico se expandiría, asesinando a los jóvenes que allí se educan. El mundo ni siquiera llegaría a enterarse.

—Aunque me torturen, jamás podría decir nada —dijo Chancleta—. Ni yo mismo sé dónde está Liberty Garden.

—Es preferible que lo ignoréis, así jamás os veréis en el peligro de decirlo. Pero si yo muero en algún momento, tened por seguro que en alguna forma os dejaría esa herencia.

—¿Hay algún sobre en alguna parte, explicando dónde está Liberty Garden? —preguntó el puertorriqueño.

—Hay una forma en que os será comunicado el lugar donde nuestros hermanos los *budokas* se hacen hombres y mujeres completos, sanos de cuerpo y alma, dispuestos a luchar en defensa del prójimo, sin lucrarse jamás ellos mismos gracias a los conocimientos adquiridos. Repito, en alguna forma os sería comunicado su emplazamiento exacto. Mi muerte no será jamás el fin de Liberty Garden, que no es una especie de paraíso para refugiarse del mundo, sino un lugar donde se preparan para luego enfrentársele. No es un refugio para elegidos, sino que allí chicos y chicas se forman física y

espiritualmente para vivir la vida, ayudando a sus semejantes y en contra de opresores, mafiosos y criminales en general. Es hora ya de que el mundo abra los ojos y no piense que los criminales peores son los más harapientos, los que al primer vistazo inspiran recelo. Que sepan que los peores enemigos son los de cuello blanco, los que ostentan el poder para seguir lucrándose, mientras sus víctimas son convertidas en rebaño del que se saca producto hasta de la piel cuando se les desuella. Nosotros hemos de pedir, exigir justicia sin odio, sin cólera ni ira. La venganza sólo entraña venganza, la sangre trae más sangre y la muerte más muerte...

Unos golpecitos en la puerta del avión que tenían cerrada les alertaron.

—¡Savage, Savage!

—Es Kiss, está ahí afuera.

No se equivocó. Al abrir la puerta, ya en lo alto de la escalerilla, descubrió a Kiss Oklaya Fletcher y parecía muy preocupada.

CAPÍTULO VIII

Después de dejar bien aparcado el coupé «Datsun» cerca del *Shaolin* Restaurant, Kiss y Savage se encaminaron al típico restaurante de Hong-Kong.

Caía la tarde, y el sol iba camino de ser engullido por la China continental, la gran China de los ochocientos millones de habitantes.

Era todavía temprano para que el público acudiera masivamente al restaurante, aunque ya había algunos comensales que iban haciendo apetito. El escenario donde se representaba el show de la cena se hallaba vacío.

Vieron a un personaje al que ya conocían y que, al descubrir a la pareja, les sonrió cortésmente.

—Buenas tardes, señorita Kiss, buenas tardes, señor Savage. Es un placer volver a verles por este local.

—Que a usted le parece que es un poco suyo.

—¡Oh, no, qué más quisiera yo que tener dinero invertido en este restaurante! Es un buen negocio. Supongo que proporciona saneados beneficios que no pasan "por mis humildes manos, como es lógico.

— Para quien posee una mentalidad ambiciosa, los beneficios que pueda brindar un restaurante, por muy de moda que esté, son insuficientes.

—¿Usted cree, señor Savage?

—Sí. Puede dar para una buena casa, incluso para un yatecito y para comprar algunos paquetitos de acciones en alguna parte; quizá para buscar intereses en los cuatrocientos Bancos que tienen sus garras metidas en Hong-Kong, pero no es bastante.

—¿Cuánto beneficio es necesario para que usted lo considere suficiente, señor Savage?

—Para mí, con poco es mucho, pero para otras personas no.

—¿Se está refiriendo a alguien en concreto?

—Señor Kuang, ¿por qué no le dice a madame Miangsho que queremos verla?

—Bueno, no sé, yo no soy empleado aquí.

—Usted no es empleado de ninguna parte, señor Kuang.

—¿Ah, no? Muy seguro está de lo que dice, Savage.

—Naturalmente, como que no me trago todo lo que me cuentan, especialmente si el que lo dice habla de sí mismo.

—¿Está insinuando algo respecto a mi humilde persona, señor Savage?

Sin apartar sus inquisitivos ojos verdes del chino, sonriéndole seguro, irónico y algo cínico, pero sin una agresividad que pudiera espantarle la caza, Savage dijo:

—El carnet que usted me mostró es falso, señor Choo Lan Kuang. Usted no es comisionado de nada; usted no representa al comité chino del gobierno de la colonia.

Resultaba muy difícil ver palidecer a un chino. Incluso aquel tipo, como muchos en su raza, poseía un gran dominio sobre sí mismo y no dejó de sonreír, no heló la sonrisa en su boca; no obstante, sus ojos adquirieron un brillo extraño.

—Se considera usted muy sagaz. ¿Verdad, Savage?

—Es una manía que tengo: Averiguar si me dicen la verdad o tratan de hacerme creer cosas que no son ciertas, especialmente cuando alguien se hace pasar por un personaje ejecutivo de la policía.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Denunciarme por exhibir un carnet falso?

—No, claro que no. La verdad, me gustaría conservarlo como recuerdo de nuestros encuentros.

—No supondrá que soy tan tonto para dárselo, ¿verdad?

—¡Qué pena! Sólo es un favor que le pedía.

Alzó sus manos y sin que su interlocutor pudiera preverlo, Savage le aplicó simultáneamente, con las dos manos, un doble *shotei-uchi* de Karate.

Los dos golpes secos, propinados con la base de la palma, en el punto de unión con la muñeca, dieron justo debajo de las mandíbulas de Choo Lan Kuang, que lanzó un grito, expresión evidente de dolor.

—Tranquilo, Choo, no es nada.

Le dio unas palmadas en el pecho. El chino se recuperó y miró con odio a Savage.

—¿Por qué me ha golpeado?

—Para que sepa que no es bueno mentirme. Ahora vaya y dígale a madame Miangsho que la espero para hablarle de un amigo común.

El sujeto que se había hecho pasar por un alto cargo de la policía china de la colonia, quedó entre humillado y resentido, pero le habían contado muchas cosas de Savage y prefirió no enfrentársele, pese a que él mismo era Un buen luchador de Zu Kempo.

Cuando Kiss le vio alejarse, preguntó:

—¿Por qué le has golpeado?

—Se lo merecía por mentiroso, por fatuo, por metemiedos, por otras muchas cosas.

—¿Siempre andas pegando a la gente?

—No, eso no. Te diré la verdad, sólo se trataba de aturdirle un

poco mientras le quitaba el falso carnet que me mostró, haciéndose pasar por un policía ejecutivo.

—¿Que le has quitado el carnet? —se asombró la joven.

—Sí, ya lo tengo en el bolsillo. En todos los casos donde intervengo, suelo agenciarme con el máximo de pruebas que puedo. Luego, mi reportaje queda mucho más sólido e irrefutable ante los ojos de los escépticos e incrédulos.

—¿Se habrá dado cuenta él? —preguntó Kiss.

—Es posible que no. Los *shotei-uchi* aplicados a sus mandíbulas aparentemente han sido para humillarle en una acción de habilidad y fuerza, pero sólo se trataba de aturdirle para que no se percatara de que le arrebataba el carnet.

—¿Y si se da cuenta después?

—Procuraré no darle la espalda.

Choo Lan Kuang no tardó en regresar. A su lado caminaba madame Miangsho. El oriental se quedó atrás, como no queriendo acercarse de nuevo a Savage.

—Bien venidos a esta casa —les saludó madame Miangsho, con su habitual cortesía.

—Volvemos a vernos, madame —saludó Savage.

—¿Usted ha amenazado a mi padre? —inquirió Kiss a bocajarro.

La china parpadeó ligeramente para luego mirar a la joven euroasiática.

—¿Qué dice usted?

—Que si ha sido usted la que ha amenazado a mi padre.

—¿Yo amenazar a su padre? ¿Y por qué habría de hacer semejante cosa? Es tristemente absurda la pregunta que usted hace a mi humilde persona.

—Pues a mi padre lo han amenazado y no estoy dispuesta a que eso vuelva a suceder. —Si tiene algún problema, le recomiendo que acuda a la policía.

—Es lo que pienso hacer.

—¡Magnífico! Para eso pagamos los impuestos, para que la policía proteja a todos los ciudadanos honestos de la colonia.

—Y cuando salimos de aquí, nos atacaron antes de coger el coche en el aparcamiento. —¡Cuánto lo lamento, no sabía nada! Su amiguita, señor Savage, tiene muchos problemas. ¿Acaso los comparte usted también?

—Madame Miangsho, no le voy a decir que soy humildemente tonto. Usted sabe que yo conozco unas cuantas cosas que se refieren a usted.

—¿Podría saber respecto a qué?

—No, no es preciso hablar ahora aquí.

—¿Por qué no? Yo no tengo nada que ocultar.

—Madame, tengo un reportaje bastante hilvanado, Insospechado para mucha gente. Para usted no, claro que no. Sin embargo...

Savage trataba de adivinar lo que pensaba aquella mujer oriental a través de sus pupilas, mas no era fácil. Era una mujer fría, tan fría como una serpiente.

—Si el reportaje es bueno y llega a mis manos o a mis humildes ojos, lo tendré en gran estima viniendo de usted, señor Savage.

—Sí, claro, pero la verdad, si yo recibiera una suma digamos que adecuada, dejaría a un lado el reportaje y me marcharía de Hong-Kong.

—Pues propóngaselo a quien deba, señor Savage. ¿Por qué me lo cuenta a mí?

—Es que Choo —señaló al chino que estaba junto al escenario, al otro lado del comedor lleno de mesas y casi vacío— me ha dicho que la persona adecuada era usted.

—¿Yo, porqué?

—No lo sé exactamente, si es una opinión de Choo Lan Kuang pregúnteselo a él. En fin, veo que me he equivocado. Vámonos, Kiss.

—Tú dirás lo que quieras, Savage —objetó la chica—, pero yo estoy segura de que ella tiene que ver con lo que sucede.

—Vámonos.

Cogiéndola del brazo, Savage haló de Kiss, llevándosela.

Madame Miangsho les vio alejarse sin despedirse. En su boca había una perenne sonrisa que no se borraba ni en los momentos más difíciles.

Ya fuera del junco, Kiss preguntó:

—¿Crees que la hemos impresionado?

—Es difícil averiguar si se puede impresionar a una mujer como ésa, tan dueña de sí misma. Es una mujer muy fría.

—¿Lo he hecho bien?

—Sí, no te apures, y ahora no mires atrás. Posiblemente nos estén vigilando y lo que queríamos ya está conseguido.

—¿Qué es lo que realmente querías de ella, Savage? ¿De veras la estabas chantajeando?

—No, claro que no; lo que deseaba es estar seguro de que ella se encontraba en el junco. Si pongo en marcha mi plan y ella no está en el junco, todo se desplomaría.

—¿Cuál es tu plan, Savage?

—Fíjate, el sol está rojo, un sol que muere; muy pronto será de noche.

—No me has respondido, Savage.

—Calla, calla, saborea la belleza de un día que se extingue. El cielo cambia de color y las cosas se ven distintas. Millares de puntos de luz se encenderán en este lugar del universo que es como un

corpúsculo del Oriente verdadero y auténtico. Aquí todo está mixtificado. Hong-Kong, emporio de riqueza y de pobreza... Grandes yates de lujo y míseros sampanes de prostitución.

—¿No te gusta Hong-Kong?

—Prefiero decir que no me gusta cómo vive la gente en Hong-Kong. No me gusta ver a chinos tirando de sus carritos, los rickshaws, llevando a turistas, mientras escupen; no me gusta que aquí se exporte la droga al mundo, además, por supuesto, de otras cosas más sanas e inofensivas. No me gusta la prostitución de esas niñas chinas que si no se acuestan con el primero que venga a poner unos dólares en su mano, no saben si podrán comer. No me gustan esos cuatrocientos Bancos que controlan la riqueza de este lugar del mundo donde Oriente se asoma a Occidente y donde Occidente se asoma a Oriente.

—¿Escribirás todo eso sobre Hong-Kong?

—No, hay muchos Hong-Kong en el mundo y nadie en concreto tiene la culpa. En fin, estoy divagando demasiado y tengo mucho que hacer. Ahora, ve a tu apartamento o mejor te vas a otra parte, que nadie te encuentre.

—No quiero irme.

—Es preciso que lo hagas.

—¿Y si no quiero?

—Sube al coche.

—¿Me vas a llevar tú?

Entraron en el «Datsun». Allí, Savage le cogió la nuca entre sus manos y acercando sus labios a los femeninos, musitó:

—¿No te das cuenta de que no quiero que te suceda nada?

—Savage, ¿por qué no haces que me suceda algo?

—¿Como qué?

—Algo agradable, tú ya sabes... ¡Hum, tienes unos dedos...! Sigue, sigue con ellos, hum...

Fue ella quien, después de cerrar los ojos mientras los dedos masculinos la acariciaban, besó la boca de Moses P Savage.

CAPÍTULO IX

El día había dejado paso a la noche y la ciudad se iluminaba artificialmente.

Las aguas reverberaban brillos de lámparas, de estrellas y de luna, pero sobre aquellas aguas quietas y oleosas flotaba la basura y algo que no era basura, aunque no se distinguía a ella. Se trataba de una pequeña antena colocada sobre una boya que flotaba como un desperdicio más alrededor del *Shaolin* Restaurant.

Bajo las aguas, como un pez donde no había peces por la contaminación, Juanito Chancleta nadaba protegido con todo el equipo de buceador.

Se hallaba pegado a aquella especie de gran tubo o conexión existente entre el junco y la pared del muelle. Aplicaba una doble ventosa-micrófono a las paredes del tubo y aguardaba. Tenía aire en las botellas para mucho rato y era casi imposible que le descubrieran.

Escuchó ruidos inconfundibles que le dieron a entender que estaba pasando gente por aquel lugar, es decir, bajo el agua. Alguien abandonaba el junco utilizando aquel conducto secreto, revestido de cemento armado.

Chancleta oyó la voz inconfundible de madame Miangsho; no la había oído personalmente, pero sí la conocía gracias a la grabación que él mismo consiguiera en aquel lugar, en su anterior inmersión.

Después de oír lo que parecía el cerrar de una puerta, Juanito Chancleta abandonó el lugar y subió despacio hacia la superficie. Una vez allí, habló por el extremo del micrófono que con un cable había mantenido unido a la bovita con la antena.

—Aquí Noche, responda, Día; aquí Noche, responda, Día.

—Día responde a Noche —dijo la voz de Savage.

—¿Has oído suficiente?

—Sí, Noche. Sigue el plan Topo y aléjate.

—De acuerdo, suerte.

—Suerte para todos —dijo Savage a su amigo y compañero.

El *budoka* puertorriqueño volvió a sumergirse. De la bolsa que llevaba consigo sacó un berbiquí manual ya completamente montado, con un diámetro de perforación de una pulgada y un entrante muy afilado que cortaba la madera como si fuera mantequilla.

Se fue a la pared del junco, muy al fondo, y aplicó la punta contra la madera. Comenzó a hacerla girar silenciosamente. Nadie

podría oír aquel débil ruido que se hacía en el casco cuando la gente cenaba animadamente en el restaurante debajo de la cubierta y la música hacía moverá las bailarinas.

Aquella noche no actuaría el monje con sus espectaculares defensas y ataques de Kung Fu, aunque esto lo ignoraban cuantos habían acudido al restaurante.

La punta del berbiquí pasó al otro lado de la madera dejando un agujero de considerable tamaño por el que entró el agua de los muelles al interior del junco.

Chancleta estaba contento y desplazándose junto al casco, siempre muy abajo para que cuando se descubriera la filtración de agua ya fuera tarde, metió de nuevo la punta del berbiquí en otro punto de la madera y volvió a hacer un orificio perfectamente redondo, de una pulgada de diámetro.

Así fue practicando agujeros hasta un número que juzgó suficiente para que fuera imposible taponarlos, de ser descubiertos. Luego se alejó nadando mientras la bodega se llenaba de agua sin que nadie lo notara.

Después de todo, el junco no se podía hundir con sus comensales a bordo, porque ya tocaba fondo.

Dentro de la bodega-almacén donde el agua entraba a chorros, comenzaron a flotar cajas y toneles vacíos.

El nivel del agua que se filtraba iba cubriendo, poco a poco, la puerta disimulada que cerraba el paso a la galería subterránea.

Cuando un mozo de cocina bajó a la bodega para buscar un encargo del chef, se encontró con el agua que, silenciosamente, había penetrado en el junco y subió corriendo a dar la alarma.

Mientras, Moses P. Savage, Ricky y Billy Fletcher, investigador privado y padre de Kiss, que portaba una filmadora en la mano con película especial, se hallaban delante del *Shaolin* Office Center.

Tenían la entrada del garaje subterráneo a la izquierda y por la amplia portería se accedía al gimnasio *Shaolin*, situado en el sótano del edificio. Al parecer, ocupaban parte del parking sin que se notara, pues quedaba aislado por una pared.

—¿Estás seguro de que quieres ayudarnos? —preguntó Savage a Fletcher.

—¡Qué remedio! Me habéis convencido entre tú y mi hija. Esta no es mi forma de hacer investigación, pero ya que estoy implicado en el asunto, sigo adelante. Si no lo hiciera, Kiss no volvería a mirarme a la cara.

—Recuérdalo, Fletcher, si hay pelea mantente al margen y no hagas uso de esa pistola que llevas encima.

—Vaya, sabía que no podría ocultártelo —rezongó—. He cogido la pistola por simple precaución. Yo no soy un *budoka* e imagino que

ahí abajo son expertos en partirle la cabeza a uno con un simple golpe con el canto de la mano, y la verdad, aún estimo mi cabeza en lo que yo supongo que vale, por lo menos para mí.

—Pues adelante, y no te sorprendas de nada. Aquí tiene que estar lo que busco. El mapa no engaña; había un antiguo sumidero que la construcción de este edificio inutilizó, construyendo otro nuevo que, al parecer, reunía mejores condiciones. Lo que hicieron fue convertirlo en galería subterránea y secreta por debajo de la ciudad, desde el junco- restaurante a los sótanos del *Shaolin* Office Center.

Descendieron una treintena de peldaños. Tras cruzar una pequeña salita de espera, rebasaron una puerta y se encontraron con un gimnasio de artes marciales que tenía tres tatamis reglamentarios. Los *budokas*, con sus *judogis* puestos, practicaban judo y karate en grupos diferentes.

Algunos les lanzaron miradas, mas nadie dijo nada. Ellos se encaminaron hacia la oficina directamente. Allí había un chino que les recibió levantándose de su silla.

—¿Qué desean?

—Sólo admirar su *Dojo*.

El chino vigilante del gimnasio les observó con recelo. El inglés Fletcher tomó algo de película a los *budokas* qué practicaban.

—¿Qué hace? No está autorizado filmar aquí —advirtió el vigilante.

—Hay unos dólares para usted si nos lleva abajo.

—¿Abajo? No entiendo qué quiere decir, estamos en el sótano del edificio, al mismo nivel que el parking.

—Hay un subsótano secreto, según me ha informado madame Miangsho —mintió Savage.

—No sé qué quiere decir.

—Es que está en peligro.

—¿En peligro?

—Sí, en el *Shaolin* Restaurante ha sucedido algo desagradable, sus bodegas se han llenado de agua. Usted me comprende, ¿verdad?

El chino dudó sin saber qué hacer; todo era inesperado para él.

—Un momento, voy a telefonear.

Ricky cerró la puerta de la pequeña oficina y entre él y Fletcher cubrieron los cristales mientras el vigilante chino se inclinaba hacia el teléfono. Pero Savage lo sujetó con una *Ushiro-Jime* de judo, amenazándole de estrangulación.

Los *budokas* seguían practicando en sus tamis, ignorantes de lo que ocurría, pues el cuerpo de Ricky y el inglés impedían ver lo que le sucedía al vigilante.

—Esto no es una broma. Si no respondes bien, oirás el chasquido de tus vértebras cuando se rompan y será lo último que oigas.

Apenas podía articular sonido, pero admitió:

—Sí.

—Queremos la puerta para bajar.

El chino, dándose cuenta de que la amenaza iba en serio, pues Savage le demostraba con aquella inmovilización que era un experto en las artes marciales, dijo:

—Detrás de la caja.

—Bajad las cortinas —pidió Savage.

Le soltó, pero antes de que el vigilante pudiera hacer nada, le aplicó un *Kentsui-uchi* de Karate en el occipucio. El golpe, con el puño cerrado a modo de mazo, dejó tendido al chino, inconsciente.

Fueron hasta la caja fuerte.

Savage intentó empujarla suponiendo que habría algún resorte para conseguirlo, pero Ricky fue más drástico y empujó la caja con su enorme fuerza, mientras Fletcher se preparaba para tomar un poco de película. Después, entraron por la puerta que había permanecido oculta.

Bajaron una veintena de peldaños y llegaron a una estancia donde se acumulaban cajas con alimentos. Estaban en el sótano secreto.

—Fletcher, ve tomando película, pero pocos fotogramas para lo que no tenga demasiada importancia —advirtió Savage.

Se encontraron con una puerta en el muro y no había llave visible. Savage miró a Ricky y le preguntó:

—¿Podrás con ella?

—Lo… lo intentaré —repuso el japonés, de ciento ochenta kilos de peso y dos metros diez de estatura.

Ricky se apartó de la puerta lo suficiente para tomar carrerilla. Fue hacia ella y cargó con su fabulosa humanidad. La cerradura no resistió y la puerta se abrió espectacularmente hacia el interior.

Se encontraron con un grupo de literas. Aquello era un dormitorio donde no había ventanas y la renovación de aire debía realizarse por sistema de insuflación. Quien estuviera allí, no sabría exactamente en qué lugar se hallaba.

—No hay nadie aquí, sigamos —dijo Savage.

Mientras tanto, Fletcher procuraba captar todos los detalles con la filmadora. Cada vez se sentía más animado con aquella singular aventura.

Salieron a un corredor en el que se abrían varias puertas. Toda la planta del subsótano secreto había sido distribuida como una escuela para internos, con las dependencias necesarias.

Hallaron pequeñas celdas vacías, similares a los calabozos que podían encontrarse en cualquier lugar de la Tierra. Había sillas de sujeción y tortura, y camas metálicas. Allí se enseñaban lecciones

prácticas de tortura, con material humano, para que los alumnos salieran perfectamente entrenados para convertirse en mercenarios del terror.

—Parece que se oyen voces —observó Savage.

Siguieron por el corredor. Escucharon quejas y Ricky se asomó a una de las celdas. Descubrió a un chino sujeto a una silla; tenía finas púas clavadas en su cuerpo.

—¡Mi...mirad! —exclamó Ricky.

—¡Pobre hombre! —gruñó Savage, acercándose para soltarle, mientras Fletcher le arrancaba las púas.

Al salir al pasillo, Ricky se topó con un chino que se lo quedó mirando desconcertado. Aquel individuo vestía de color gris pardo y como si fuera un monje.

Ricky le hizo un gesto con los dedos para que se le acercara. El chino quedó desconcertado y miró las manos de Ricky que le mostraron un mazo de cartas, tendiéndoselo.

—Coge... coge una.

El chino no entendía, pero, curioso, se acercó, pues no le pareció que las cartas pudieran entrañar ningún peligro. Levantó uno de los naipes que mostró a Ricky, el cual aceptó:

—As de tré... tréboles... Un as..., un golpe...

Fue suficiente. Le aplicó un puñetazo de Kempo que lo envió contra la pared sin mayor esfuerzo. Allí, el chino se escurrió con la espalda pegada al muro hasta que quedó sentado en el suelo.

Ricky cogió al chino por el cuello y lo metió dentro de la celda de la que había liberado a la víctima de la tortura experimental.

Savage palpó al chino caído y le encontró un manojo de llaves que agitó en su mano.

—Vamos; él ya buscará la salida solo.

Encontraron otra puerta cerrada y probando con aquellas llaves, Savage la abrió. Quedaron en la antesala de unas celdas comunitarias donde había varios prisioneros, no menos de una docena. Aguardaban a que les tocara el turno de convertirse en material de enseñanza y experimentación en aquella escuela de asesinos que funcionaba en el subsuelo de Hong-Kong.

Savage les abrió la puerta y dijo en cantonés:

— ¡Marchaos corriendo, marchaos, sois libres!

No pudieron evitar que algunos gritaran. Savage corrió hacia delante; los propios chinos recién liberados no sabían qué dirección tomar y fueron tras quienes les decían que eran libres.

Savage estaba seguro de que había más víctimas en aquella terrorífica escuela.

Al final irrumpieron en la gran aula del terror donde se estaba dando una clase práctica de tortura.

Del techo colgaba una cadena, y de la cadena, una jaula alargada y estrecha en la que cabía justo el cuerpo de un hombre en vertical, sin poder moverse.

En torno suyo estaban los que buscaban con sus instrumentos de tortura puntos vitales y dolorosísimos para llevar a la práctica cuanto les habían enseñado.

Allí, además de otros Sifu junto a sus alumnos, estaba el monje, que se quedó mirando a Savage.

Fletcher filmó, mientras se organizaba una gran pelea entre los chinos que acababan de ser liberados y los que estaban como alumnos.

Ricky comenzó a coger a aquellos mercenarios del miedo y a lanzarlos por el aire mientras era atacado a su vez. La pelea fue feroz.

— ¡ Kiaiii! —rugió el monje, abalanzándose sobre Savage.

Pero Savage no era un inexperto sino un consumado *budoka* y supo evitar el golpe mortal que quería aplicarle el siniestro monje.

Utilizando el arte del Tae Kwon Do, M. P. Savage le replicó con un talonazo que alcanzó al monje en el muslo. Mas no era fácil vencerle y replicó propinando un codazo a Savage que le hizo rodar por el suelo.

Dos alumnos del monje se le echaron encima, tratando de inmovilizarle.

El monje quiso aprovechar la situación para partirle el esternón.

Savage consiguió liberar uno de sus brazos y antes de que el mortal talonazo le partiera el pechó, pudo defenderse con su mano libre en un golpe de cuchara que desvió el pie atacante haciendo caer al monje.

Savage utilizó ambos codos en horizontal para liberarse de los chinos que trataban de sujetarle para que el monje acabara con él.

La pelea era sórdida; se escuchaban gritos de dolor, se estrellaban cráneos y crujían los huesos.

Savage y el monje recuperaron sus respectivas verticalidades. Volvieron a enfrentarse, vigilándose, moviendo sus manos y brazos en actitudes de preataque y defensa.

Savage sabía que tenía que terminar con aquel ser maligno, o aquél acabaría con su vida. Por ello, decidió jugarse el todo por el todo y lanzó su *kiai* silencioso que el monje captó.

Le lanzó una patada al abdomen, aunque sabía que no sorprendería al monje que con una acción de sus manos en cuchara le atrapó el pie haciéndole saltar por el aire tal como había previsto Savage.

Mientras se elevaba, fue su otro pie el que actuó en espada justo en los genitales del monje que profirió un bramido de dolor, alcanzado por el segundo golpe.

Al mismo tiempo, Savage había dado una voltereta sobre sí

mismo al ser lanzado al aire por el propio monje. Quedó de nuevo en pie y antes de que su enemigo pudiera rehacerse, le atacó con dos golpes al cuello, consecutivos, que hicieron doblar las rodillas del chino.

Un mazazo entre los ojos terminó de derrumbarle para que no volviera a levantarse.

M. P. Savage había acabado con el maligno monje, verdadero Sifu de aquella escuela de asesinos.

En el suelo yacía un buen número de cuerpos. Ricky había eliminado más que nadie a futuros mercenarios del terror, aunque también había varios muertos entre los que habían intentado ayudarle tras ser liberados de la celda en que fueran encerrados.

—Este hombre se está muriendo, es blanco.

—Sí, y aunque es difícil reconocerle, creo que es el capitán Warren.

Warren abrió los ojos; miró a Savage y balbució como pudo:

—Espejo…

Después, volvió a cerrar los ojos y la boca.

Savage miró el gran espejo que tenía aquella aula. Volviéndose hacia Ricky, dijo:

—El espejo, ¿puedes romperlo?

Ricky cogió al monje. Lo levantó en el aire y comenzó a girar sobre sí mismo cogiendo fuerza como si estuviera en un combate de Sumo. Al fin, lo soltó y el monje voló por el aire como un muñeco roto.

Se estrelló contra el gran espejo, haciéndolo pedazos. Al otro lado estaban Choo Lan Kuang y madame Miangsho.

—¡Mátalos! —ordenó la mujer, tajante.

Choo Lan Kuang tenía una pistola en la mano y, sonriendo mientras la china se alejaba, gruñó:

—Con mucho gusto.

De la mano de Ricky escapó un *shuriken* circular.

El disco de acero, con el canto muy afilado, voló hasta clavarse en el entrecejo del chino, que sostenía la pistola.

Este consiguió disparar una vez antes de lanzar un grito horripilante. Luego, se desplomó sobre él monje y los cristales de aquel espejo roto por el que Savage se precipitó.

Encontró una puerta sólidamente cerrada. Intentó abrirla, pero fue inútil. Ricky acudió en su ayuda, pero no había forma humana de arrancarla y tampoco se podía cargar contra ella porque se abría hacia donde ellos estaban.

Forcejearon, mientras madame Miangsho huía por el túnel.

Cuanto más se acercaba al junco, más agua notaba en el suelo, pero no le dio importancia, en su desesperada huida. Los golpes en la

puerta de acero indicaban que iba tras ella y tenía que escapar. Al fin, consiguió llegar a la puerta que daba acceso a la bodega del junco y la abrió.

Todo el volumen de agua que llenaba no sólo la bodega, sino también las cocinas del junco y parte del gran comedor, se precipitó sobre ella como una demoledora tromba que ocupó por completo la galería, arrastrando a la china, que no pudo hacer nada.

Se vio golpeada contra el suelo y las paredes mientras era arrastrada, tragando agua y más agua, aquella agua corrompida que había entrado en el junco gracias a los orificios que Juanito Chancleta practicara en su casco.

Madame Miangsho había encontrado una muerte repugnante, dentro de una cloaca, digna de la vida que había llevado...

* * *

Algunos días más tarde, los Fletcher, padre e hija, despedían con la mano a la Piper-Jet que se elevaba al cielo de Hong-Kong. En ella viajaban Ricky, Juanito Chancleta y M.

P. Savage.

El reportaje ya estaba elaborado. Ahora sólo había que pensar en venderlo y sacar el máximo de dinero por él para poder costear los innumerables gastos de Liberty Garden.

—¡Ah, Savage! Me han dado una carta para ti en el aeropuerto —le dijo Chancleta.

—¿De quién es?

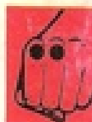
—No lo sé, no lleva remite.

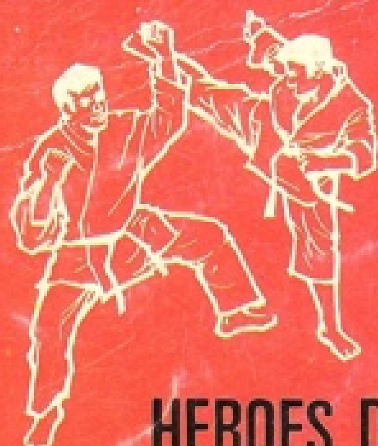
—Ábrela.

El puertorriqueño rasgó el sobre y vio una hoja con un dibujo. Era un yawara con la cabeza de un dragoncito en cada una de las puntas del pequeño bastón. Debajo ponía: «No te olvidamos.»

Savage asintió con la cabeza. Sabía que los miembros de la secta del Dragón Bicéfalo no le iban a olvidar jamás hasta que lo exterminaran.

FIN





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIAL





EDITORIAL BRUGUERA, S.
en su nueva Serie titulad

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras d
puñado de esforzados personajes que
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la J
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección ext
de la fuerza vital que todo hombre p
y que los BUDOKAS han sabido pote
hasta límites asombrosos, como un
más, alcanzado en el transcurso del
camino emprendido en pos de la pe
ción, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGUR
RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA,
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Es

PRECIO EN ESPAÑA: 30 P

Impreso en E

Notas

[←1]

En chino, maestro.